RECUERDOS DE DON ARMANDO PALACIO VALDÉS *

¿Cómo entré en relación con él?

La cosa merece contarse.

En la primavera de 1917, estando en Madrid de secretario de nuestro agregado naval, la lectura de *Los Majos de Cádiz*, nos sugirió, a él y a mí, la idea de dramatizar aquella fábula.

Recordaré brevemente el asunto de *Los Majos de Cádiz.*

---

* *Nota de la Redacción.* Para los que nos conocen y sanben nuestro modo de pensar, creemos innecesario advertir que la publicación del presente artículo de nuestro particular amigo Sr. Pitollet, en este *Boletín* —que corre por tantas manos—, no significa conformidad y mucho menos, aprobación de algunas expresiones duras o no muy ortodoxas que se le escapan.

Con todo, el trabajo del erudito hispanista francés contiene muchos datos curiosos e inéditos, y aun apreciaciones y juicios certeros, que conviene salgan a luz. Tal es, por ejemplo, en lo que más de cerca nos atañe, la confesión, por el mismo Palacio Valdés, de que el sabio José Luis Pasarón, que pintó en *Años de Juventud del Doctor Angélico,* es Menéndez Pelayo; cosa que, a pesar de tantos pelos y señales en el parecido, negaba el gran novelista asturiano, según afirma Constantino Cabal en su artículo del *Boletín de Estudios Asturianos* (Oviedo, 1953): *Esta vez era un hombre de Laviana... El caso de Pasarón,* pág. 247, y Enrique Sánchez Reyes en *Don Marcelino. El último de nuestros humanistas,* pág. 90.

Soledad, hija de un pobre guarda de consumos de Medina-Sidonia, tiene amores con un joven de distinguida familia llamado Manuel Uceda. Muere el padre de aquélla. Velázquez, amigo suyo, un majo de buena presencia con algún dinero, consigue enamorarla y seducirla. La lleva a Cádiz. Establecen una taberna. Manolo Uceda, siempre enamorado, visita a la joven de vez en cuando; más ella, ciegamente apasionada por Velázquez, desdeña su amor. Es Velázquez un hombre despótico y fanfarrón, que abusa de su dominio sobre Soledad y la tiraniza. Cansada de sus malos tratos, un día se rebela y se marcha de casa; pero a Velázquez le entra de nuevo el amor, una loca pasión. Logra, a fuerza de ruegos que la muchacha vuelva a vivir con él; mas al cabo de algún tiempo, cada vez más despegada de su tirano, Soledad se escapa de nuevo. Entonces él trata de curarse de su pasión entrando en relaciones con una hermosa joven, Mercedes la *Cardenala*. Por su parte se deja enamorar Soledad por Antoñico, el querido de su íntima amiga María Manuela. A ésta también la solicita Velázquez, tras de haber dejado burlada a Mercedes; pero el orgulloso majo tiene en el corazón una herida incurable y, no pudiendo soportar la vida en Cádiz, se resuelve a emigrar a América.

Palacio Valdés, en la época a que me refiero, confesaba que, desde el punto de vista técnico, juzgaba esta novela como la menos imperfecta de cuantas habían salido de su imaginación: por la intensidad de la fábula, por sus proporciones armoniosas y por el marco original en que la había enclavado. Y si no se había popularizado como otras suyas, lo atribuía al hecho de que sus personajes no pertenecían a la clase media. "Lo que realmente interesa a la clase media, decía, es la clase media; son sus amores, sus ambiciones, sus tristezas y alegrías, sus ideales, lo que quiere ver reproducido en el arte y con ello se recrea. El mundo aristocrático y el plebeyo son, para ella, tan sólo objeto de curiosidad efímera. El hombre no se siente conmovido sino por lo que le toca de cerca y, para decirlo en términos más crudos: el hombre no se interesa más que por sí mismo".

Y comparaba el poco éxito de *Los Majos de Cádiz* con el de *La Alegría del Capitán Ribot* (1), añadiendo, algo burlonamente: "Si esta historia de los humildes se hubiese contado en forma de romance y los ciegos la vendiesen por las calles a cinco céntimos, no cabe duda que fuera grande su aceptación, ya que caería en manos de los que se sintiesen hermanos de mis héroes".

Terminado nuestro arreglo dramático, convinimos en enviarlo a Palacio Valdés para que nos diese su autorización, a la par, que su juicio de nuestro trabajo. Estaba entonces en su chalet de Cap-Bretón y fué al volver a Madrid que me dió respuesta. Transcribiré, pues su carta:

A. Palacio Valdés.
Lista, 5

Madrid, 6 de octubre de 1917.

Mi distinguido amigo:

Aquí me encuentro desde hace tres días.

Recibí en Cap-Bretón el manuscrito del arreglo escénico de *Los Majos de Cádiz,* que V. ha tenido la amabilidad de enviarme.

Lo he leído con gusto. Encuentro que está hecho con habilidad y discreción. Sin embargo, yo no soy hombre de teatro y mi juicio vale poco en este caso.

Convendría que lo examinara algún dramaturgo. Aun éstos se equivocan, como V. sabe, con frecuencia. El éxito en el teatro es un arcano desconocido y siempre se producen sorpresas en un sentido o en otro.

Dígame a quien debo remitir el manuscrito, si debo dejarlo en la Embajada a su nombre, o si debo enviárselo directamente a las señas que V. me indique. Mucho celebraré que

(1) Sobre la intención de aquella novela, hay un artículo en la revista *Hispania* (California, 1928), núm. 3, pág. 294. Este artículo no lo encuentro citado en ninguna de las bibliografías de Palacio Valdés.

V. se halle contento en su nuevo honroso cargo y que pueda contribuir a la victoria francesa, que apetezco con ansia.

Créame siempre su amigo y compañero afectísimo q.e.s.m.

A. PALACIO VALDÉS."

Antes de proceder en mi historia, he decir algo del coautor de la infeliz refundición. Se llamaba Robert de Roucy. Era oriundo de una familia cuyos orígenes se perdían en la bruma de la edades. El castillo de los Roucy en ruinas, se halla a orillas del río Aisne entre Soissons y Laon. En el siglo IX eran más poderosos que el mismo Rey. Los territorios alrededor de l'Ile de France, de Montdidier a Reims, eran suyos. Participaron en las guerras contra los moros, ayudando a los reyes de Aragón; y la novela histórica, *La Campana de Huesca*, recuerda que una mujer de los Roucy, casada con el rey Ramiro II, tuvo por hijo al Rey Monje.

Se había casado Robert de Roucy en Madrid, con la viuda del capitán Thaon, muerto en 1914, en los combates de las Ardennes. Se llamaba Baya y era hija de un argentino y de una madre no francesa. En ella tuvo un hijo, que desempeña en la actualidad, un cargo importante en la alcaldía parisién.

A principios de la guerra del 14, era Roucy capitán de *fusiliers marins,* y en Dixmuiden, cuando los sangrientos combates del Iser, un balazo le había atravesado el pulmón. Su actividad de agregado naval en Madrid tuvo un trágico fin, de resultas de la traición de uno de sus empleados, que facilitó a la cocinera de cierto ministro, de la que era amante, la copia de un *rapport* de su jefe en París, en el que se hablaba de la actitud de Alfonso XIII en términos poco halagüeños. El *rapport* fué comunicado al Rey, que exigió la dimisión de su cargo a Roucy, el cual fué efectivamente reemplazado por Dupetit-Thouars. Vuelto a Francia, Roucy fué nombrado comandante de un barco cazasubmarinos y ejerció su cargo hasta el final de la guerra. Su herida se había abierto de nuevo y se declaró la tuberculosis pulmonar. Murió pocos años des-

pués del armisticio. Su viudad se casó entonces de nuevo con un cornel, del que se divorció después de unos cuatro o cinco años, para casarse por tercera vez y para morir, del todo arruinada en octubre de 1933.

Era Roucy hombre de amplia cultura y de noble carácter. A diferencia de Dupetit-Thouars, que no entendía pizca de castellano, hablaba español a la perfección y se interesaba mucho por la literatura contemporánea española. Al recibir la respuesta de Palacio Valdés, vacilamos sobre lo que había de hacerse y, finalmente, no tomamos ninguna decisión, y el asunto quedó enterrado sin que cuidásemos siquiera de reclamar el mauscrito a don Armando; el cual tampoco volvió a hablarme de él.

Mas ¿cuál fué mi sorpresa, cuando, en *La Libertad*, del sábado 16 de febrero de 1924, leyendo el artículo de José Montero Alonso: *Cómo se escribe una novela. Don Armando Palacio Valdés, la figura más gloriosa de nuestras letras actuales, cuenta cómo escribió "La Hermana San Sulpicio", su novela más famosa, y "La Hija de Natalia"* (2), *su novela última*, tropecé con el siguiente paso:

"—¿Es verdad que han querido llevar al cine y al teatro *La Hermana San Sulpicio*?

"—Sí. Y he rehusado por completo las diversas proposiciones que me han hecho en ese sentido. No quiero ver mis novelas en las tablas ni en la pantalla. Estimo que cada obra de

(2) Se había publicado en *La Libertad* de 26 de enero de 1924, un largo extracto de *La Hija de Natalia*, con el retrato de don Armando y el preámbulo siguiente: "El ilustre novelista don Armando Palacio Valdés, gloria de las letras españolas, ha publicado un nuevo libro. Dicho ésto ¿qué añadir? Todas las palabras habrían de sonar a poco para repicar por tan magno acontecimiento. Por ello habremos de limitarnos a advertir que la nueva obra del creador del *Doctor Angélico*, es la conclusión de la historia de esa vida, reseñada en anteriores novelas, a fin que los muchos admiradores del simpático personaje sepan que se les presenta ocasión de ponerse con él nuevamente en contacto; y otras de ésto, para satisfacción de nuestros lectores, dejamos la palabra al maestro, reproduciendo un capítulo de *La Hija de Natalia*".

arte tiene su campo y que la novela se escribe para ser leída y el drama para ser representado. ¿A qué empeñarse en cambiar los destinos de cada género? Hay dos cosas fundamentales en la novela que se pierden al ser trasladada ésta al teatro: los caracteres y el estilo. Aparte de que el lector se forma en su imaginación, al leer la novela, un tipo ideal que casi nunca se corresponde con el que ve luego en el escenario. Esto lo confirma el esfuerzo inútil, tantas veces intentado, de llevar *El Quijote* a la escena. En diversas ocasiones me han hablado de teatralizar *La Hermana San Sulpicio* y algunas otras obras. Yo no he accedido nunca; últimamente Martínez Sierra me habló de adaptar aquella novela para la Bárcena. Pues bien, a pesar del prestigio del autor y de la actriz, no accedí, por las razones indicadas.

"De *Los Majos de Cádiz* me envió un señor francés desde su patria, un plan completo de adaptación al teatro; pero, por la causa dicha, y porque además la adaptación no me gustaba, me vi forzado a dar una negativa, a pesar de que el plan estaba trazado por completo. Y decidido a ello, me fuí a la Embajada para que le trasmitieran mi contestación; pero allí me dijeron que él acababa de morir en Francia, víctima de la guerra. En este modo la muerte solucionó lo que para mí era una violencia solucionar..."

Tan chocante distorsión de los hechos no podía atribuirse a falta de memoria. La carta que inmediatamente envié a don Armando para restablecer la verdad de lo ocurrido con *Los Majos de Cádiz*, era algo violenta, he de confesarlo. Su respuesta no deja transparentar otra cosa que la voluntad de no agravar con otras violencias, un incidente poco brillante. Dice así:

"REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Madrid, 29 de febrero de 1924.

Sr. D. Camilo Pitollet.

Muy señor mío: Es verdad que me envió V., a nombre de M. de Roucy y al suyo de V., no recuerdo ahora, si a Ma-

drid o a Cap-Bretón, el manuscrito de un arreglo para la escena de *Los Majos de Cádiz.* Confieso de nuevo, como ya hice en aquella entrevista de *La Libertad,* a que se refiere en su indignada carta, que este arreglo no me satisfizo de ninguna manera, y, sino se lo dije en mi carta de aquél entonces, fué únicamente para no herir su justificada susceptibilidad. Pero no ha de sorprenderse V. de aquel mi fallo, pues ni M. de Roucy, ni V., son hombres de teatro, ni siquiera literatos de profesión.

"Como me causaba tristeza dejárselo entender francamente, fuí dejando transcurrir el tiempo sin reaccionar de otro modo que con la carta que me transcribe V., hasta que por casualidad, como ya dije a Montero Alonso, y no por ir expresamente a preguntar las señas de Vds., averigué la muerte de su amigo, tan gloriosa como desgraciada. En cuanto a las de V. no supieron dármelas en la Embajada. De manera que aquel desgraciado manuscrito debe andar todavía entre mis papeles, no sé si aquí en Madrid, o allí en Cap-Bretón. Lo voy a buscar, y si acabo por hallarlo en alguna parte, tendré el mayor gusto en devolvérselo.

Con este motivo me ofrezco de V. afmo. s.s.q.e.s.m.

PALACIO VALDÉS.

M. Camille Pitollet, Agrégé de L'Université
48, Bd., St. Michel. París (VI) Francia."

No llegué a saber si se había encontrado el manuscrito de 1917, en todo caso, no me habló más de él don Armando. Pero no está perdido del todo, pues con los recuerdos que de él me quedaban, escribí una tragedia joco-seria que figura en uno de los tomos de *Memorias* depositados por mí en la Biblioteca Municipal de Dijón, a cargo del benemérito bibliotecario M. Pierre Gras, antiguo alumno de *L'Ecole des Chartes* de París. Y fué aquel incidente el punto de partida de una perdurable amistad y extensa correspondencia con don Armando, de la que daré a continuación unos cortos extractos.

Paso por encima de las cartas, sin otro interés que incidental ya, a principios de marzo de 1924, en que comienza nuestro epistolario. El 8 de aquel mes, me escribe:

"Mi buen amigo y compañero:

Le envío los dos primeros volúmenes de *El Doctor Angélico*. Me alegraré que haga V. un estudio de ellos. Conoce V. el idioma castellano de un modo verdaderamente admirable. Hablaremos de su traducción al francés. La edición de *La Hija de Natalia* se ha terminado. En 28 días se han vendido 15.000 ejemplares. No ha habido hasta ahora otro caso igual en la librería española.

Siempre muy suyo, A. PALACIO VALDÉS.

Lista, 5. Madrid.

P. S. Lo que V. me manda de nuestro sabio amigo Peseux-Richard me causa pena (3)."

Sabido es que, en 1911, había salido el primer volumen de *Los Papeles del Doctor Angélico*, una a modo de biografía espiritual de aquel personaje escrita por él mismo, y en la que el novelista se presentaba como simple editor, artificio corriente que no podía engañar más que a los *simples d'esprit*. Estaba formado dicho volumen de una serie de historias, cuentos y reflexiones, reflejo directo de las preocupaciones de don Armando (ya que era él el verdadero autor), frente a ciertos problemas de la vida humana, en particular frente al enigma del destino último de los mortales.

Los otros dos volúmenes: *Años de juventud del Doctor Angélico* y *La hija de Natalia : Ultimos días del Doctor An-*

(3) H. Peseux-Richard, gran amigo de Foulché-Delbosc, había escrito en *Revue Hispanique* de éste último, vol. XLII, 1918, pág. 305-480, un estudio de la obra de P. V., ya anteriormente estudiada por: Sylvester Baxter, en *Atlantic Monthly*, LXXXV, 1900, pág. 546-559; por L. Bordes, en *Bulletin Hispanique*, I, 1899, pág. 45-96; y por F. Vecinet, en *Les maîtres du roman espagnol contemporain*, París, 1907, páginas 67-202.

gélico, habían salido respectivamente en 1918-1924. Ambos tenían más estructuración novelística, continuando las precedentes memorias, si bien ampliando el tema con pormenores de la vida afectiva del personaje. Suave misticismo impregnaba las páginas de esos libros, en parte de índole religiosa, pero sobre todo de índole humana; misticismo de bondad de corazón, sentimiento doloroso de la vida, alegría y felicidad interiores, desprendimiento, generosidad, renuncia a los comunes atractivos del cotidiano bregar. "Lo único que hace a la vida digna de ser vivida, lo único que la justifica, son los afectos tiernos que nacen dentro de ella". La suprema enseñanza es pues del todo espiritualista: "¡Desgraciado quien de las experiencias de este mundo visible, no saca la fe de un mundo invisible!" De modo que, a mi parecer, es la figura de aquel angélico doctor la más genuina representación del ideario humano y cordial de Palacio Valdés. Y en este grupo de novelas de orientación espiritualista, creo que hay que incluir la titulada, *Santa Rogelia,* la que publicada en 1926, es un canto del sacrificio al deber de la heroína, de carácter más bien religioso, aunque de una religiosidad un tanto formalista.

En carta de 27 de marzo responde a una pregunta que le había formulado acerca del sabio Pasarón, y a mis opiniones del gesto del Directorio Militar respecto a Unamuno:

"REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
MADRID

Querido amigo: En efecto, en España todo el mundo ha querido ver a Menéndez Pelayo, mi caro amigo, en el sabio Pasarón. Los otros personajes son hijos de mi fantasía, aunque compuestos con rasgos de otros amigos...

Tiene V. mucha razón; el Directorio Militar español ha cometido un profundo error deportando a Unamuno: primero porque no se deporta más que a los conspiradores, y Unamuno no lo era, y segundo porque éste tenía muy escasa importancia en la opinión pública, y su confinamiento ha venido a dársela. Hubiera bastado con suspenderle en la cátedra...

El *Directorio* no puede hacer milagros, pero realiza una obra muy meritoria. Aunque no fuese más que por haber concluído con la ignominia de los pistoleros y con el separatismo catalán, debemos estarles agradecidos los españoles.

Le adjunto una copia de las cuartillas que leí con ocasión de la presentación al *Ateneo* de la nueva Junta de Gobierno, de la que me nombraron Presidente, siendo los otros miembros de la directiva los señores Pascual, Bonilla, Vergara, Luis de Tapia y Dubois.

Siempre muy suyo,

PALACIO VALDÉS."

Decía la alocución de don Armando: "Señores: Pocas palabras, pero bien fervorosas para dar las gracias al *Ateneo* por la confianza con que se ha servido honrarnos a algunos de nosotros, *reiterándola a otros, como a mí* otorgándola por vez primera. Las damos asimismo a la dignísima Junta que nos ha precedido, porque con sus acertadas indicaciones y consejos, nos ha facilitado la resolución de algunos asuntos importantísimos.

"Sinceramente creo que no habéis estado acertados al colocar en la Presidencia a un hombre que ha vivido siempre en el retiro y silencio de su gabinete de trabajo.

"¿Por qué he aceptado este puesto, tan superior a mis fuerzas? Por un sentimiento de gratitud. No me era posible olvidar a un estudiantillo de la Facultad de Derecho, que hace medio siglo discurría silencioso y atemorizado por los humildes, pero gloriosos pasillos de un caserón de la calle de la Montera (4). Con otros tres o cuatro compañeros de la misma

(4) Fundado en 1820 con el nombre de *Ateneo Español*, y disuelto por *liberal*, volvió a constituirse en 1835, presidido por el Duque de Rivas, estableciéndose primero en la Plaza del Angel y después en la calle de la Montera, hasta que se inauguró el edificio de su propiedad en la calle del Prado, leyendo el discurso presidencial don Antonio Cánovas del Castillo. Sostenía, cuando me hicieron socio transeúnte —hace medio siglo bien contado— varias cátedras, entre ellas algunas de idiomas extranjeros, que reportaban grandes ventajas. Era su biblioteca una de las

edad, se había colado osadamente en el *Ateneo* y de él había hecho su nuevo hogar intelectual, unas veces refugiándose en la biblioteca, otras escuchando con admiración a los preclaros oradores que diariamente ilustraban aquella cátedra. No es maravilla, señores que, al verse colocado en el más alto sitial de un recinto para él tan sagrado, aquel estudiante se sienta hoy tan confuso como reconocido.

"Sin consultar mis fuerzas mermadas, casi perdidas por los años, ni mi falta de aptitud para ocupar cargos ostentosos,

---

mejores de Madrid, contando por aquél entonces unos 30 000 volúmenes.

Y a este propósito, séame lícito una pequeña digresión que se puede aplicar lo mismo a la biblioteca del *Ateneo* como a la *Nacional*. En la tesis doctoral de M. Gabriel Boussagol: *Angel de Saavedra, duc de Rivas. Sa vie. Son oeuvre poétique* (Toulouse 1927), hay una crítica del método de Azorín, bastante acerba —mas, a mi juicio y al del difunto hispanista inglés E. Allison Peers * perfectamente justificada—. Así, por ejemplo, en *Clásicos y Modernos*, 1913, señala Boussagol en la nota de la pág. 376, errores garrafales del que llama "Le plus séduisant et le plus dangereux des critiques impressionistes" y le reprocha aparentar ignorar que no sólo en la *Biblioteca Nacional*, sino también en la del *Ateneo*, "casi todos los periódicos de la época romántica están mutilados en la mayoría de sus *Revistas de libros*". Y añade: "Si lo ignora Azorín. ¿Qué vale su crítica? Y si no lo ignora ¿qué valen sus insinuaciones? Es el hecho que: "Sa critique a tous les charmes de l'esprit qui la practique et tous les vices de ce qui ne reposa pas sur un terrain solide..."

Para volver al *Ateneo* cuando fuí asiduo visitante de sus locales, diré que no he olvidado las clases de don José Echegaray, las doctas pláticas de Ureña y Smenjaud, que siguió escribiéndome aún mucho después; las amistosas conversaciones con Llanas Aguilariedo; los instructivos relatos de don Francisco Fernández y González y las amenísimas tertulias de *la cacharrería*... Tiempos felices, ¿por qué no habéis de volver?

* Véase la crítica de la tesis de M. Boussagol por Allison Peers en el volumen IV, diciembre de 1927, núm. 3, págs 184-190, de *Lítteris. An international Critical Review of the Humanities* (Lund, Suecia). Allison Peers se había ocupado del Duque de Rivas desde 1920 hasta 1923, en cuyo año publicó: *Rivas and Romanticism in Spain* y *Angel Saavedra, Duque de Rivas, a critical Study*. Su crítica de la tesis de M. Boussagol es sumamente elogiosa, con, empero, importantes restricciones.

he aceptado este puesto. Sólo vuestra gran benevolencia podrá suplir mi insuficiencia. Nunca he representado hasta ahora el papel de capitán sino el de soldado. Soldado quiero seguir, siendo entre vosotros un compañero más, que pide vuestra ayuda para que el *Ateneo de Madrid* no suelte, por cansancio, el cetro de las ciencias y las letras, que ha empuñado siempre; para que no se empañen los cristales de este faro brillante que hasta ahora ha esparcido su luz en la nación española.

"El más joven entre vosotros no es más bisoño que yo para estas lides; pero el más viejo tampoco es más constante.

"Entiendo señores ateneístas, y os suplico que así lo entendáis vosotros, que no vengo a presidir un círculo político. No amo la política, ni vivo para ella. El *Ateneo de Madrid* es y ha sido siempre un centro de cultura, un círculo científico y literario. Si la política se ha presentado entre nosotros, ha sido vestida siempre con toga y birrete. Al pisar nuestros umbrales, las pasiones se calman, las armas se desprenden de las manos, los gritos de la calle se estrellan contra las puertas del templo del saber, sin penetrar en él. Por eso, el que se sienta con vocación para la política activa, que desde luego considero legítima y honrosa, no debe venir a aguzar sus armas al *Ateneo,* sino a las asambleas donde ésta se elabora. Aquí no aspiramos a gobernar el país sino a ilustrarlo.

"Si ahondamos un poco en el estudio de la vida española y en las condiciones en que actualmente se desenvuelve, hallaremos que la causa inicial del malestar que sentimos, se cifra en la deficiencia de nuestra cultura. Nuestras costumbres políticas, como toda nuestra actividad, se hallan viciadas por el ambiente de ignorancia que respiramos. Marchamos en las tinieblas porque no tenemos luz. Necesitamos ciencia, necesitamos también poesía, para que el pensamiento vivifique la acción y la guíe por el derrotero seguro que conduce a la grandeza y prosperidad. La vida intelectual es modelo, y causa a la par, de la vida social, porque el mundo invisible precede siempre al visible. La sabiduría es la misma ley de la vida.

Es el poder oculto que, en último término, guía y dirige toda la actividad.

"No escuchemos a esos hombres que, arrastrados y envueltos por la corriente del industrialismo, niegan valor al pensamiento y pretenden abrir un abismo entre la vida espiritual y la vida práctica. Las ciencias, las letras y las bellas artes son los altos poderes vivificantes de toda existencia moral, como de toda prosperidad material. En este sentido, el *Ateneo de Madrid* es una de las fuerzas más eficaces con que hasta ahora ha contado nuestra nación para el desenvolvimiento de su cultura y, como consecuencia de su prosperidad. Mas, para seguir llevando a feliz término esta tarea nobilísima, el *Ateneo* necesita, como ha necesitado siempre, completa libertad. Esta libertad no significa que nos movamos fuera de la ley. "Las leyes de la patria, decía Sócrates, justas o injustas, son siempre leyes que todo ciudadano está obligado a respetar". La Junta de Gobierno, que por mi boca tiene el honor de dirigiros la palabra, velará porque esta libertad no perezca, ni se menoscabe.

"Yo confío, señores, que, con la ayuda del Cielo y con la vuestra, lograremos sortear los escollos y vencer los obstáculos que se opongan a la marcha honrada y gloriosa que el *Ateneo de Madrid* ha seguido hasta aquí. La patria tiene la vista fija en este Centro, que ha sido para ella objeto de respeto y gratitud, heraldo de su progreso espiritual, refugio de la ancianidad y esperanza de la juventud. El espíritu de los varones ilustres, cuyos retratos adornan las paredes de esta casa, vive aún entre nosotros. Ellos son los que, con su ingenio poderoso y su esfuerzo tenaz, han logrado alzar este alcázar a las letras. No desperdiciemos tan precioso legado; que la antorcha que nos han legado encendida no se apague en nuestras manos. Su sombra venerable nos protege, marchemos siempre como ellos han marchado: sin estrépito ni vacilaciones, con la serenidad que comunica al espíritu el cultivo de la ciencia. El *Ateneo* debe vivir y vivirá siempre.

"Esperemos, señores, que las fuerzas del infierno no prevalecerán contra él."

No podía prever que pocas semanas después de pronunciado su discurso, las puertas del *Ateneo* iban, de orden superior, a cerrarse... Mientras tanto, él, sin orgullo, me comunicaba ingenuamente que terminada la lectura de este manifiesto, único en su larga carrera literaria, el auditorio, que llenaba aquel famoso salón de actos cuyas hermosas pinturas, por Mélida, resplandecían en el techo, tributó al orador ruidosa ovación, homenaje —mas esto no me lo decía— a sus altos prestigios, a su significación en los momentos críticos de la vida del *Ateneo* y al propósito de su nuevo Presidente de mantener con firmeza la libertad de la cátedra, nervio espiritual de la docta institución.

El miércoles 14 de mayo del mismo año de 1924 me anuncia don Armando que "dentro de algunos días" se marchará a Sevilla, donde se le prepara un homenaje. Y aquí viene lo de *La Hermana San Sulpicio,* de Gloria Bermúdez y de sus fortunas y adversidades. Tenía Palacios Valdés bien cumplidos los treinta años. Desde el 22 de julio de 1869 en que a los 15 años, publica en el *Eco de Avilés*, su primer artículo, dedicado a la defensa de un poeta local, Florentino Mesa, ha tratado de muy varios modos de alcanzar fama. No lo ha logrado del todo. Llegar a ser sabio respetado y solemne había sido su única ambición entre los 15 y los 20 años. Mas "por un juego de la Fortuna", según su propia declaración, se verá convertido en novelista, "y comprendí, añade, que la Fortuna tenía razón: me acaeció lo que a Federico II de Prusia; creyó haber nacido para músico y literato y resultó un guerrero".

En 1881, debuta con *El Señorito Octavio,* escrito en Entralgo, durante el verano. De regreso a Madrid, conoce a Galdós en el *Ateneo* y se hacen grandes amigos, iniciando y contribuyendo don Armando a la celebración de aquel banquete en honor del maestro mayor, al que le lleva.

En 1883 sale *Marta y María,* publicada en Barcelona por

la casa Domenech, en la *Biblioteca Arte y Letras,* con dibujos de Pellicer. En ella vieron algunas personas timoratas "un ataque insidioso contra el misticismo", y varios sacerdotes tronaron contra ella desde el púlpito. No se puede negar que, por aquellos años, se le consideraba a Palacio Valdés como cultivador del naturalismo; error grande, pues son, a lo sumo, elementos aislados de la escuela naturalista los que se pueden descubrir en sus primeras novelas, y más por lo que a la superficie de la técnica, que por lo que al fondo de la filosofía del naturalismo se refiere: la inspiración, el sentido, la misma técnica en general, van por caminos totalmente distintos (5).

En 1884 aparece *Aguas Fuertes* colección de novelas cortas y cuadros de costumbres. En 1886, *José,* novela de pescadores, vivida, cuando joven, por el autor; pues era el mar su pasión y compartía la vida y los trabajos de sus héroes. El asunto de la novela es de los más romancescos: Don Fernando, segundón de la casa de Meira, nunca fué rico y últimamente había llegado a la indigencia; mas no por eso disminuía sus ínfulas aristocráticas. Cuanto más pobre más orgulloso se mostraba de su prosapia. En el pueblecillo de Rodillero, le miraban los pescadores con una mezcla de respeto, de compa-

(5) Después de *Marta y María,* Palacio Valdés editó él mismo sus obras, entregando su administración al librero don Victoriano Suárez, el que con celo y pericia había de contribuir a que estas obras se divulgasen y alcanzasen un número siempre creciente de lectores. A propósito de *El señorito Octavio,* "novela sin pensamiento trascendental", como reza el subtítulo notaré que en esto de novela sin pensamiento trascendental, hay probablemente que ver una alusión satírica a *El Escándalo,* de P. A. de Alarcón (1875) que Palacio Valdés en sus *Semblanzas Literarias* (1908), había definido, pág. 151, una "novela trascendental". Notaré además que Manuel de la Revilla admiraba aquel epíteto. El pobre Revilla, en sus tiempos árbitro y dictador de la crítica, verdadero amo del cotarro literario y terror de los escritores, murió loco aquel mismo año de 1881; le había causado gran disgusto el artículo que sobre él publicara Palacio Valdés en la *Revista Europea,* de Navarro y Medina, de la que fué tres años director.

sión y de burla. Uno de esos pescadores, José, estaba enamorado de la hija de la señá Isabel, fabricante de escabeche. Se llamaba Elisa. José era pobre y la madre de Elisa se oponía furiosamente a aquellos amores. Don Fernando, en sus quijotescas manías, los amparaba. Acosado por el hambre se vió precisado a vender lo último que le quedaba: su viejo y desmantelado palaciote, y con generosidad caballeresca regaló a José parte de la exigua cantidad así lograda, para que, comprada una lancha, se pudiera casar.

Se me olvidaba *El Idilio de un Enfermo* (1884), que confieso no haber tenido la ocasión de leer. si bien no recuerdo dónde, leí que el sentido idílico del cuento *¡Adiós, Cordera!*. de Clarín en el volumen, *El Señor y lo demás son cuentos* (1893), estaba plagiado de semejante escena del *Idilio de un enfermo*. En 1888 vió la luz *El Cuarto Poder*, del que leí sólo la traducción francesa publicada en *Le Temps*.

En agosto de 1925 con ocasión de una visita al ilustre novelista en Cap Bretón, éste me contó que la idea de venir a veranear en aquellos pinares no se le hubiera ocurrido nunca si un ingeniero holandés, P. J. Hora Adema, que había aprendido español en su país y traducido a su idioma *El Cuarto Poder* habiendo veraneado en aquella playa no le hubiera ponderado sus encantos, por lo que el maestro se decidió a afincarse no en Cap-Bretón mismo, que está situado a dos kilómetros del mar sino entre aquel pueblo y el Océano, comprando en 10 000 francos un lindo chalet que bautizó *Marta y María*. y mejoró gastando otros 10.000.

Esto era en 1908 Me dijo que amaba esta casita con locura, que la civilización de Francia le gustaba, que la vida era más fácil que allende el Pirineo, en la meseta castellana. "A casa, nos lo traen todo y barato. Hay trenes, tranvías, comodidades sin fin; paseos, excursiones largas y sanas en el ambiente balsámico de los pinos. Parece aquello el paraíso en la vida".

Veraneaba antes de la guerra del 14 en aquellos contor-

nos, una selecta colonia de literatos franceses con los que charlaba, se instruía y hasta laboraba; entre ellos Lucien Descaves, George Bonanoar, y especialmente Paul Margueritte, cuya hija Lucie, le tradujo los *Años de Juventud del Doctor Angélico* (6).

Hoy el chalet *Marta y María,* si existe aún, ha perdido hasta el recuerdo del que lo ilustró tanto. Lo vendió su dueño antes de morir y sirve de hospedaje a la colonia infantil veraniega de la pequeña villa de Vic-Fézensac, en el departamento del Geis. *Sic transit gloria mundi.*

En aquella mi visita de 1925 —sobre la que publiqué dos artículos en *L'Indépendant des Basses-Pyrénées* (Pau), el segundo con el título de *A Cap-Breton* el 20 de agosto de 1925— hablamos de *La Hermana San Sulpicio,* que se había publicado en dos tomos en 1893, pasando en aquella época casi casi del todo inadvertida. Le pregunté a don Armando si había permanecido mucho tiempo en Sevilla para ambientarse. "¡Ca!, me dijo, apenas si me quedé allí un mes. Fué compañero mío de hospedaje Fernández Prida, futuro ministro de Estado y actualmente catedrático de Derecho Internacional en la Universidad Central. El fué quien me guió por Sevilla y me inició en su embrujo, que despertó en mi mente la idea de situar allí una aventura de amor, pareciéndome Sevilla el cuadro adecuado para la empresa en que hube de despertar el aliciente de los contrastes de la pasión sin llegar al pecado, su término fatal. Tal me parece ser la explicación de su ulterior y duradero éxito".

Quise saber cómo un asturiano, un "casi gallego", pudo atreverse a escribir una aventura de amores andaluces. Se rió don Armando y admitió que en sus descripciones, en la

(6) Los primeros capítulos de *Los Años de Juventud del Doctor Angélico,* vieron la luz en la *Revista Quincenal,* que los editores Blond y Gay publicaban (1918) en Barcelona. En 1917 habían publicado en francés *La Guerre Injuste,* crónicas de Palacio Valdés en *El Imparcial* durante el verano de 1916, crónicas exaltadas por el señor Madariaga en el mismo *Imparcial* de 27 de marzo de 1918.

trama misma del relato, había mucho de convencional, y añadió: "Sepa usted, amigo Pitollet, que en la húmeda y frígida región donde nací hay tanta, y quizás más poesía, que a orillas del Guadalquivir. Sevilla goza de una leyenda; la exploté y es este el secreto de la fortuna de *La Hermana San Sulpicio*".

Me declaró que la había escrito enteramente en Asturias al regresar de su viaje. Hay que creer que, para ciertos espíritus, la asimilación es, sobre todo, obra de contraste. Lo habitual, lo que vemos cada día, lo que nos acompaña desde que nacimos, deja en nosotros huellas profundas, sin duda, mas no tan vivas como lo visto de pronto. Nuestra sensibilidad se acorteza al ver las mismas cosas, los mismos espectáculos, las mismas gentes. Es más violenta la reacción al contemplar algo nuevo, o mejor, opuesto. Y sin dificultad me figuro, por experiencia propia, lo que es la reacción de un norteño —yo soy de rancia estirpe borgoñesa— frente al escenario andaluz, y cómo la sensibilidad responde a tan insperados contrastes.

Don Armando me confesó que había tardado aproximadamente seis meses, para acabar con *La Hermana San Sulpicio*. "Es, añadió, lo que tardo con casi todas mis novelas, pues usted sabe que escribo sin ningún apremio ni obligación. *J'écris pour mon plaisir, voila tout.* Es el puro placer de escribir el que me guía al llenar las cuartillas. Trabajo reposadamente y, por fortuna, no me inquieta, al escribir, la menor preocupación de orden material. Y cuando empiezo, esté usted seguro de que tengo ya casi acabada la novela en mi imaginación: caracteres, intriga, y hasta división por capítulos. Apenas si tengo más que ponerme ante las cuartillas. Aunque, claro es, a veces, cuando estoy escribiendo, surgen nuevos lances, incidentes imprevistos, que hay que incorporar al plan primitivo".

Insistí: Entonces no hace usted borradores y ¿las cuartillas que usted escribe de primera intención serán las definitivas? Me aseguró que el plan de cada una de sus novelas lo disponía por cuartillas, una por cada capítulo, y que escribía por las mañanas y poco; generalmente cuatro o cinco cuarti-

llas (7). Le encantaba esta calma en el trabajo: nunca apresuramientos, inquietudes, agobios. El *Nulla dies sine linea,* atribuído por Plinio el antiguo al pintor griego Apeles, no era su lema (8).

Lo que digo de la visión de Andalucía en *La Hermana San Sulpicio* se aplica *mutatis mutandis,* a las otras novelas de acción local: las asturianas (*El señorito Octavio, Marta y María, El idilio de un enfermo, José, El Cuarto Poder, La Fe, El Maestrante, La Aldea Perdida*), y las castellanas, madrileñas sobre todo (*Riverita, Maximina, La Espuma, El origen del Pensamiento, Tristán o el Pesimismo*), y la valenciana (*La Alegría del Capitán Ribot*), y las otras dos andaluzas (*Los Majos de Cádiz, Los Cármenes de Granada*).

Volviendo a la apoteosis de don Armando en Sevilla en la primavera de 1924 renuncio a transcribir la copiosa descripción que de ella recibí: colocación de la lápida conmemorativa en la calle de Argote de Molina (9), fiestas en los jardines del

---

(7) Guardaba con el mayor cuidado los manuscritos y duplicados de sus novelas. Contaba que un bibliógrafo norteamericano le pidió uno de ellos y precisamente el de *La Hermana San Sulpicio;* y que habiendo accedido al deseo de aquel señor recibió de él una cantidad tan exagerada de dólares que... le devolvió la mitad.

Por aquellos años, cuando publicaba Azorín *El Alma Castellana,* éste escribía, con fecha 27 de marzo de 1899, en *Charivari*: "La cuestión de los libros está perdida. Palacio Valdés le decía a Valle [Inclán] que ha tenido que suspender la edición de sus Obras Completas (comenzada en 1894). El autor de *La Fe* es el mejor novelista español, después de Galdós. De sus novelas, sólo hace edición de 500 ejemplares. Galdós, el que más vende despacha unos 1.000 ejemplares de cada obra. Lo que se habla de la venta extraordinaria de los infolios de Pereda es pura filfa: casi toda la edición va a parar, graciosamente, a manos de sus amigos de la Montaña..."

(8) *Historia Natural,* lib. XXXV, cap. 36, párrafo 12: "Apelli fuit alioqui perpetua consuetudo, nunquam tam occupatam diem agendi, ut non lineam ducendo exserceret artem; quod ab eo in proverbium venit."

(9) Esta calle, una de las más originales de Sevilla, va desde la de los Quinteros a la iglesia de San Alberto; se estrecha y hace una porción de vueltas con recodos bruscos que le prestan carácter misterioso. Por ella transitaba poca gente y estaba habitada, en general, por gente

Alcázar, discursos, poesías (de Marquina a Gloria Bermúdez, recitadas por la Guerrero), réplica de don Armando que evoca sus primeras y lejanas impresiones de Sevilla y concluye preguntándose "por qué está aún tan sensible a la beldad cuando le quedan tan pocos días para gozarla". Y por fin, en la Plaza de Doña Elvira, del típico barrio de Santa Cruz —¡Oh la inolvidable visión de aquel rincón tan pintoresco de la vieja Sevilla: una plazuela triangular, plantada de naranjos, pavimentada de mayólicas, rodeada de casonas antiguas con terrazas y balcones floridos!—, el coro de lindas muchachas, con altas peinetas y mantillas, envueltos sus cimbreantes cuerpos jóvenes en bordados mantones de Manila, acogiendo al anciano soñador al son de guitarras, de bandurrias, al repiqueteo de las clásicas castañuelas, cantando y bailando las danzas de la tierra de la sal y María Santísima: peteneras y seguidillas, jotas y zapateado, en homenaje de la gracia y de la beldad; el más dulce y lisonjero de cuantos se pueden tributar a un artista glorioso.

Y, a pesar de aquella fugitiva embriaguez, imposible era que no resonasen en su memoria otros ecos, menos bullangueros sin duda, mas no menos fervorosos: los del homenaje de sus compatriotas en Oviedo, el 5 de abril de 1906, y los de sus compatriotas más directos en Avilés, doce años más adelante, en setiembre de 1918. Con sólo reproducir el menú del banquete en el Gran Hotel avilesino, se tendrá alguna idea del calor de los discursos pronunciados aquella noche por varios comensales y, terminados los brindis, por el mismo festejado, el que en aquellos años no pensaba en hacerse "vegetariano":

Entremeses.
Consommé Favorita.
Huevos revueltos a la portuguesa.
Merluza fría, salsa mayonesa.
Filetes de solomillo a la moderna.

---

acomodada, a juzgar por los patios que a derecha e izquierda se veían a través de las cancelas.

Pollo asado al nido.
Ensalada americana.
Bomba Pralinée.
Pastas.
Frutas.
Vinos: Rioja, Jerez, Champagne.
Licores: Cognac, Benedictine, Chartreuse.
Café.
Habanos.

Y, para facilitar la digestión, los acordes de la orquesta Camuesco.

Es la música madre del canto *Alternis dicetis: amant alterna Camenae* (10).

El poeta fué don Julio García de Quevedo, y su canto hubo de resonar suave a los oídos astures:

Ye costume muy vieya é nos poetas locales,
llegau isti momentu, llevantasi á falar,
y montaus á rebalgu, de la Musa é nes ales,
y estrumiando los sesos, algamar cuatro gales
pa facer unos versos, y podelos cantar.
Yo, que non soy poeta, nin tengo tal costume,
fáigolos hoy, gustosu, asín me salve Dios;
y aunque pa facer versos, pame que tengo rume,
el ver á D. Ermando, ha facer que m'allume,
pos sobrai inteleuto, pa él, y pa utrus dos.
Brindo per D. Ermando, porque ye un home güenu
que tién l'alma correcha y sanu el corazón;
que y'un sabiu en sin ínsules; que sal en cada estrenu
de llibro, baxo palio, y que guarda en so senu
un amor, siempri en brasa, p'asti cuquín rincón.
Brindo per D. Ermando, como bridara un fíu
per el pá, á quian de veres adorás y quexés;
brindo per D. Ermando, que lu tién merecíu;

(10) Virgilio, Egloga III, verso 59.

¿qué más da que non fora n'isti pueblín ñacíu
si é más avilesino que toos los d'Avilés?
Prenmita Dios de cielu, non dé les bocadielles
en xamás (que y'abondo desear y pidir)
quian no escribe com'utrus escriben, á ciencielles,
quian sabe co la pluma buscanos les cosquielles
de l'alma, pa facenos, ó berrar, ó riir.
Y cumplíu l'ojeto que motivó el llevante
de quian vos fala agora, va golvesi á sentar,
esti á quien deberíes de poner como un guante,
pos-presenti los méritus de los que tán delante,
non debiera, el mazcayu, trevese á gorgutar.

Había sido en la primavera de 1924 cuando, poco antes de marchar a Sevilla, don Armando había trasladado sus penates de Lista, 5 (entre Serrano y La Castellana) a Hermosilla, 34, en el mismo barrio, sano, elegante, con frondas y toda la alegría del Madrid aristócrata. Finalmente vivirá en Maldonado, número 25 (entre Serrano y el Paseo de Ronda) (11).

La casa, cuarto piso, tenía señoril aspecto. Al traspasar sus umbrales, cruza por mi mente, unos instantes sólo, la visión de otra visita del tiempo de la guerra, cuando era secretario de De Roucy. Yo iba a saludar por primera y única vez, al patriarca de las letras españolas, a don Benito Pérez Galdós,

(11) Yo he presenciado el movimiento de la capital de España a principios de este siglo y puedo apreciar la diferencia entre una población que llegaba hasta la Puerta de Alcalá, la Casa de la Moneda, Chamberí, el Cuartel de la Montaña y El Olivar de Atocha y el Madrid que ya se extendía por la prolongación de la calle de Alcalá hasta las Ventas, a la nueva Ciudad Lineal y el barrio de Salamanca, y no bastándole, traspasaba el perímetro del ensanche de la Villa del Oso y el Madroño, creaba los suburbios de la Guindalera y la Prosperidad, y, tras los Cuatro Caminos, los de Bellas Vistas y de Tetuán; del Madrid que derramaba ya sus viviendas y sitios de recreo por la carretera de El Pardo hasta la Puerta de Hierro, por la de Extremadura hasta el Campo Militar, por la de Carabanchel hasta apropiarse el oasis entre el Alto y el Bajo, por los declives de las Delicias que se iban poblando de establecimientos industriales, y por la gran calle del Pacífico, que

visita que narré en la *Revue de l'Enseignement des Langues Vivantes.* Al entrar en la estancia del escritor ciego, en su hotelito de la calle de Hilarión Eslava, entre Princesa y el Paseo de Ronda, la tarde era una de las más luminosas de aquel estío que finalizaba. Una rubia claridad ponía en todo dorados reflejos de un optimismo que estaba yo lejos de compartir con la gente de la ciudad alegre y confiada. Una vez en la estancia de don Benito, mi melancolía se cambio en honda tristeza. Sentado, inmóvil, vencido, daba Galdós no sé que impresión de derrota, de agobio, de anonadamiento. Eran sus movimientos torpes, sus palabras escasas y vacilantes. Sus pupilas se negaban a recibir la luz con la ávida curiosidad de antes. Su figura llenaba de mudo asombro el ambiente y apagaba el júbilo dorado de aquella diáfana tarde...

Y ahora he de citar a Blasco Ibáñez. Había comparado las fabulosas ganancias de éste último con la relativa pobreza de Galdós. Esto indignó al nabab de la Costa Azul. El 19 de abril de 1921 me escribe, desde su villa Kristy, 46, Boulevard Carnot, en Niza: "Su juicio sobre la vida económica de Galdós es completamente falso. En España, como nación católica aficionada a los santos piojosos y a la pobreza del ermitaño, es de moda que el escritor sea pobre y los que no lo son, fingen serlo, pues la envidia estanca a los que ganan su vida. Galdós ha tenido siempre más dinero que yo y ha vivido con más desahogo que yo antes de mi viaje a América. Eso de los 19.000 ejemplares podrá ser verdad en lo referente a sus últimos *Episodios,* pues el público no quiso seguirle a través de tantas series; pero sus novelas *novelas,* han llegado a 60.000 y 70 000 ejemplares. Otra cosa: fué hombre de teatro; usted olvida *Electra,* uno de los éxitos de dinero más grande de nuestro teatro, que le dió 200.000 a 300 000 pesetas. Y otras obras que se representaron bastante. El secreto de su vida es que ganó mucho. Vivía a estilo madrileño antiguo, sin grandes

---

formaba a su final una nueva población en las barriadas del Puente de Vallecas y de Doña Carlota... Y ahora... ¿Qué decir del Madrid de ahora sino exclamar el virgiliano *¡Quantum mutatus ab illo!*

comodidades, pero gastaba mucho. Sostenía a muchos parientes y sostenía a varias mujeres, según contaban sus íntimos. Todo barato, pero abundante. En fin que pudo haber desarreglo en su vida, pero no miseria. Esta es la verdad verdadera". Una verdad digo yo a lo Blasco.

Parece esto digresión, mas no lo es, ya que es de gran interés revelar el contraste que presenta el caso de Galdós con el de Palacio Valdés. Por esto voy a citar unas pruebas más aún.

En el *Mercure de France*, vol. XLIX, febrero de 1904, pág. 558, hay *Une lettre d'Unamuno sur les jeunes*. De ella saco el paso que dice: "Je ne veux pas, pour notre jeunesse intellectuelle, d'autre avenir fécond que celui qu'elle aura en s'unissant sous la direction d'un vieux mâitre —certains indiquent dejá Galdós, fermant les yeux devant les insuffisances que cet esprit peut comporter— et avec le drapeau blanc du radicalisme, en vue d'une action sociale dans le sens le plus progressif". Precisando el sentido que imprime a la expresión "vieux mâitre", aplicada a Galdós, añade: "Je dois vous avertir que j'apelle *vieux* un homme qui a dépassé la cinquantaine, encore qu'il ait conservé la juvénilité de son esprit et de son corps, un homme qui ait sa renommée fait, qui ne puisse inspirer de soupçons, ni provoquer des compétitions". Pues bien; en 1905, en noviembre de 1905, época de *Amor y Ciencia*, reporta Julián Sorel en *Los Hombres del 98* (12), una conversación que tuvo con Unamuno:

"—Usted, Sorel, trata a Galdós; ¿no es verdad?

"—Somos amigos.

"—Y ¿cómo le ha resultado lo de *Amor y Ciencia*? Porque de *amor*, no sé como andará, pero la que es *ciencia*, no sabe.

"—Unamuno, está usted siendo injusto con don Benito; los hombres de genio siempre son sabios.

"—Insisto en que ciencia está limpio. Apuesto doble contra sencillo a que por no saber, no sabe ni el teorema de Pitá-

(12) Publicado sólo en 1917, en Madrid. La cita es págs. 37-38.

goras, ni siquiera enunciarlo (13). Y en cuanto a lo de genio, lo es indudablemente: es el genio de la avaricia."

Genio de la avaricia el viejo maestro... mas henos aquí en el año 1930. Unamuno, a su vez, es viejo maestro y genio de muchas cosas. ¿Sigue opinando de Galdós muerto hace ya dos lustros lo que en la época de su *Sturm und Drang*? Oigámosle. Es su último juicio, bien pensado y destinado a la publicidad si bien no en España:

"Galdós no podía unir en torno de sí a los jóvenes, porque era un hombre solitario, taciturno —apenas hablaba—, de escasa sociabilidad y que vivía una vida aparte, absorto en el mundo novelesco que iba creando. Su situación pública y política —y sin ésta no se puede agrupar a jóvenes ni para fines de cultura literaria— fué siempre muy secundaria. Ni intentó ser orador. Los jóvenes le respetaban, muchos le querían, pero no le trataban ni le frecuentaban. Tuvo a la vez que trabajar para poder vivir, y esto, a que acaso debemos la vastidad de su obra, contribuyó no poco a estropear ésta. Pues no cabe desconocer que, con todo su genio —y le tuvo como novelista—, como hizo del novelar un oficio, cayó no pocas veces en industrialismo. Se puso a fabricar novelas y en serie. Y esto es acaso la causa de que sean leídas menos que lo merecen. Les falta concentración, y cuando, buscando legítimamente provechos materiales se pasó al teatro, que produce económicamente más que la novela, llevó a él las notas de su novela.

"Los personajes de sus dramas y novelas hablan demasiado para decir muy poco. Se dejan llevar de la voluptuosidad de la conversación por la conversación misma —¡españoles de café al cabo!— y, hasta pronuncian, a modo de discurso, artículos de periódico. Apenas encontrará usted en todo el tea-

(13) ¿Será pedantería notar que Pitágoras no dejó ningún escrito y que los fragmentos de su discípulo Filolao fueron publicados por Böckh en 1819? Alude Unamuno, con mayor pedantería que la mía, a la prueba de la cuadragésima proposición del primer libro de los *Elementos de Geometría* de Euclides, atribuída a Pitágoras.

tro de Galdós una de las frases como hay tantas en Shakespeare que definen a un hombre; como no verá usted citados aforismos, sentencias, pensamientos sueltos de Galdós. Todo lo cual le hace intraductible".

"Estando desterrado en Fuerteventura, volví a leer casi todo Galdós y me dejaba arrullar junto al mar por su prosa, sin que ésta me detuviese nunca. Leí entonces por primera vez (sic) la que creo su mejor obra: *Fortunata y Jacinta* (14). Fortunata, como mujer, se tiene en pie; pero vi que es una novela estirada para llenar no recuerdo si tres o cuatro volúmenes. ¡Aquellos inacabables monólogos de los locos, o semilocos de sus novelas, llenos de estribillos, muletillas y frases hechas! Se vive, se imagina y se siente hoy muy aprisa para soportar éso. Me parece que Galdós hoy cansa a los lectores españoles. La difusión es, creo, un defecto muy común en nuestra literatura, pero él la aumentó, sobre todo en sus últimos años. Con todo lo cual, creo que fué un pintor a las veces genial de aquella sociedad, también difusa, crepuscular, casi nebular, rutinaria, del Madrid de fines del siglo XIX, donde la tragedia era la falta del sentimiento de ella...."

Con Palacio Valdés no podían los criterios ser los mismos que con Pérez Galdós. Pero, ya que con todos y con todas "poderoso caballero es don dinero", con don Armando desempeñaba también el vil metal su papel, cuando, a principios de enero de 1914, le tomó el Caballero Audaz aquella entrevista que vió la luz en *La Esfera* de 10 de enero y se reimprimió

(14) Difícil es decir si Unamuno al formular este juicio se adaptaba al de Menéndez Pelayo, el que en sus *Estudios de Crítica Literaria* 5.ª Serie. Madrid. 1929, *D. Benito Pérez Galdós, considerado como novelista,* pág. 122, estimaba aquella novela, publicada en 1886-87, la obra maestra de Galdós por la amplitud del cuadro y la intensidad del estudio: "Es, escribía, un libro que da la ilusión de la vida; tan completamente estudiados están los personajes y el medio ambiente... Todo es vulgar en aquella fábula, menos el sentimiento; y, sin embargo, hay algo de épico en el conjunto por gracia en parte, de la manera franca y valiente del narrador, pero, todavía más, de su peregrina actitud para sorprender el íntimo sentido e interpretar las ocultas relaciones de las cosas, levantándolas, de este modo, a una región más poética y luminosa".

en 1916, en la primera serie de *Lo que sé por mí,* pág, 119-127. A la pregunta de Carretero: "¿Cuánto le han producido sus libros?", contestó: "Para mis libros, la principal fuente de ingresos ha sido el extranjero, donde la literatura, como usted sabe, se paga mucho mejor que aquí. Nueva York me ha proporcionado muy buenas entradas. *El origen del pensamiento,* por publicarlo el *Herald* de Nueva York, me envió (sic) una respetable cantidad. Allí, en los Estados Unidos, vendo mis libros por centenares de miles. De *Maximina,* por ejemplo, se ha hecho una edición de 200.000 ejemplares y ya está casi agotada. De estas ventas recibo el 10 por ciento, que sube a unos miles de dólares. Pero, en fin, como cálculo aproximado de lo que me ha producido la literatura, podremos fijar la cifra de 40 a 45 mil duros (15).

Diez años más tarde otro periodista español, don José Sánchez Rojas, visita a don Armando (16). La pregunta ritual no falta: "¿Vende usted mucho sus libros, don Armando?, pregunto al glorioso abuelito. —¡Mucho! —¿Qué libro ha vendido usted más? —*La Hermana San Sulpicio;* van una enormidad de ediciones. También se vende mucho *Maximina.* En general, estoy contento porque se venden bien todos mis libros. —La crítica, ¿no le ayudó jamás? —Muy poco, casi nada. Mi cliente ha sido el público. Los lectores han recomendado mis libros a otros lectores."

En suma, no liquidaba un año sin haber embolsado, ganadas sólo por su pluma unas veinte o veinticinco mil pesetas (17), lo cual no le impedía afirmar y reafirmar que "es-

---

(15) En aquel primer volumen de *Lo que sé por mí,* hay la entrevista de Carretero con Azorín, págs. 171-182. A la pregunta: ¿Cuánto le han producido sus libros?, contestó el "pequeño filósofo": "Muy poco. El que más, que ha sido *Voluntad,* 2 000 pesetas. Yo vivo y he vivido siempre del periodismo" (pág. 177).

(16) Aquella entrevista, tomada expresamente para ver la luz en el semanario bonaerense *El Hogar,* salió en su núm. 712 del año XIX, Buenos Aires, 8 de junio de 1923, pág. 9.

(17) Cuando en 1925, reimprimió la Editorial Saturnino Calleja, S. A., las *Páginas Escogidas,* cuya primera edición era de 1917, re-

cribía siempre por amor al arte y sin cuidarse del rendimiento". ¿No decía ya Campoamor que nada quería percibir por sus obras, pues le agradaba tanto concebirlas y realizarlas que diera dinero encima por hacerlas? No llegaba a otro tanto don Armando...

Su vida era la de un buen burgués, de un burgués que no me atrevería a definir de la clase media, pues en la época en que floreció, ni era media ni siquiera clase; diré: de un burgués para quien las ventajas de la prosa no estorbaban los sublimes anhelos de la poesía. El día en que cumpliera los treinta años, que fué el 4 de octubre de 1883, se había casado en Gijón con una bella señorita de 16 abriles, doña Luisa Prendes, que le dejó viudo al año y medio de matrimonio. En 1891, se casó de nuevo con una gaditana de 16 años también. La diferencia de las edades no era para él obstáculo a esos enlaces.

La Academia Española, tras muchas deliberaciones y una discusión bastante animada, le había finalmente otorgado la codiciada medalla, designándole para cubrir la vacante de Pereda, fallecido en 1906, y cuyo padrino había sido Galdós, en febrero de 1897.

---

cibió Palacio Valdés 5 000 pesetas por aquel librito, en el que hay extractos de *Marta y María, José, Aguafuertes, Riverita, Maximina, Los Majos de Cádiz, La Fe, La Aldea Perdida, La Hermana San Sulpicio, Tristán o el Pesimismo, Papeles del Doctor Angélico,* con una *Confidencia Preliminar* de 12 págs, y al final, 13 páginas de juicios encomiásticos de varios autores: Clarín, Emile Faguet, Blasco Ibáñez, Edmund Gosse, Azorín, Austin Trapet, Valle-Inclán, William Dean, Howells, Benavente, Emile Moreau, Unamuno *The Daily Chronicle* (10 de agosto de 1894), Torcuato Luca de Tena, Carl David of Wirrén, Martínez Olmedilla, Ph. Emmanuel Glaser, Francisco Giraldos, Grandt Showerman, Fray Graciano Martínez, Sylvester Baxter, Rafael Altamira, F. Vézinet, Rogerio Sánchez, H. Keller-Jordan, J. Gibanel, Mas, Gaston Deschamps, Manuel Linares Rivas, Ramiro de Maeztu, L. Bordes y Zeda. Dichos elogios aparecen reimpresos con, además, los de Pedro González Blanco y de J. Francos Rodríguez, en las páginas 260-284 de la biografía que en 1919 dictó Palacio Valdés a los dos jóvenes Luis Antón del Olmet y José de Torres Bernal. El juicio de Unamuno, en las páginas 260-263, es allí cuatro veces más extenso que en las *Páginas Escogidas,* pág. 328.

No fué Palacio Valdés en sus años mozos el hombre retraído de su edad madura. Había hecho en Madrid la vida literaria de aquel entonces, de saloncillos y cafés; había tenido una *peña* célebre, en la *Cervecería Escocesa*, que Ortega Munilla había bautizado con el remoquete de *Bilis-club;* había frecuentado los teatros, como las gentes de pluma, sin pasar por la taquilla. En fin, había gozado plenamente de la vida, antes de su primer matrimonio, por él celebrado en *Maximina*.

El hijo de aquel matrimonio, llamado como su padre Armando, no tuvo ninguna atracción por las letras. Su muerte, en trágico accidente, no dejó gran vacío en el Parnaso español. Era rico, como su esposa, y sus dos hijas, Luisa y Julia, que fueron el encanto del abuelo, llenando la silenciosa casa de alegría juvenil.

El sobrino de don Armando, Eduardo, manejó con pericia la pluma, especialmente en *A B C*, del que fué redactor. En sus habitaciones de Lista, 5 —de un alquiler de 35 duros mensuales—, Palacio Valdés no hacía gala de su riqueza. Era su hogar sencillo en su misma elegancia. Su despacho estaba decorado burguesa y confortablemente: mullidas butaconas, copas de "macharnudo", pastelitos, habanos... sabía recibir a sus admiradores e intervieuvistas. La barba era blanca si bien por algunos trechos tenía aún unas leves pinceladas de ámbar. Los ojos azules, de noble mirada. Hablaba con dulce modosidad, casi como hablaría un ignorado.

¡Qué diferencia con Galdós! De su fortaleza de roble no conservaba el viejo alcázar de las letras españolas más que el recio esqueleto agobiado por el peso de sus setenta años de labor literaria. El gabán, hecho cuando su cuerpo era más pujado, le colgaba de los hombros cual de una percha. Con sus negras gafas, andando con lentitud y adelantando instintivamente la derecha mano antes de dar el paso, con su gabancete deshilachado por bolsillos y mangas, con su gris gorrilla, su largo cabello acaracolado por el cuello, daba don Benito la triste visión del menesteroso. Al contrario, don Armando, pulcro, atildado, con su chaquetita a cuadros escoceses, sus zapatillas de paño, daba la impresión del anciano satisfecho de la

vida, jubilosamente optimista. Me parece verle aún, de pie, ágil, sonriente y cordial, de movimientos prontos y fáciles, palabras abundantes, rápidas y vivas, cuerpo menudo, de juvenil inquietud, cuerpo de un bello color de salud. Duerme en todo tiempo con el balcón de su alcoba abierto, costumbre de las más sanas a la que atribuía el no acatarrarse jamás; su organismo curtido resistiéndolo todo.

Se había hecho vegetariano desde hacía muchos años, después de un terrible empacho que le causara un opíparo banquete, de resultas del cual le tomó asco a la carne, a los guisotes, a las salsas. Al mismo tiempo se había puesto al régimen del agua sola. Era muy madrugador —a quien madruga Dios le ayuda—, levantándose en verano a la siete, y a las ocho en inveirno, bañándose, acicalándose, tomando frugal desayuno y poniéndose a escribir.

Antes del almuerzo —el tardío almuerzo de Madrid—, un paseo hasta los Altos del Hipódromo, con el encanto de los niños, de las bellas muchachas, de los bonitos hoteles de La Castellana. Después del almuerzo, una breve siesta y... de paseo otra vez toda la tarde: por la Moncloa, por el Retiro, siempre solo, pensando, meditando, filosofando, llenándose de sol, de oxígeno, de vitalidad sana.

Anochecido, una vuelta por las calles céntricas del Madrid ruidoso, bullicioso, hasta una pausa de charlas en la Librería de Suárez. La cena a tardía hora, y al lecho. Si la comida del mediodía es abundante —el pescado hace parte en su régimen vegetariano—, la cena se limita a chocolate —el chocolate español, negro, espeso, caliente y de mano de mujer— con ensaimada y azucarillo, o a la leche de cabra. Nada de cigarrillos ni puros; los ofrecía a los amigos, y él, en cambio, no fumaba.... Al teatro no iba más que para acompañar a su esposa y esto muy pocas veces; no gustándole la escena moderna: "todo es pacotilla, filosofía barata, complicaciones inocentes y estúpidas", decía. Sólo lo viejo le distraía. Era ordenado y consecuente. Hacía treinta años, en 1917, que iba a la misma zapatería, a la misma peluquería, al mismo sastre: "Lo que me

rodea me parece parte de mi propio ser". Y la verdad es que no poseemos las cosas; ellas son las que nos poseen...

Vuelvo a nuestra correspondencia. En julio de 1925, desde Cap-Bretón, pues omito cartas anteriores, para limitarme a lo esencial, me da detalles de su vida. Está en su chalet desde fines de julio y se propone permanecer hasta octubre: "Estoy terminando una novela que seguramente no gustará. Es la vida de una santa y el mundo no está ahora por las santas, sino por las cortesanas. Como yo he escrito siempre por darme gusto, me importa poco. Si va V. a Biarritz desde Pau, venga un día a almorzar con nosotros."

Fuí con Carretero en el coche de este último, desde Biarritz, donde pasaba una temporada con Verdugo, que se alojaba en el Pabellón Alphonse XIII, y pasamos una tarde muy amena. Hallaba don Armando que Cap-Bretón mejoraba demasiado. Lo deploraba, ya que tanto le había gustado lo que llamaba "su aspecto patriarcal". Hablamos de su biografía por un maestro de no recuerdo que Instituto andaluz, don Angel Cruz Rueda, que acababa de salir, y a cuya elaboración no había contribuído poco, como ya con la anterior. El Caballero Audaz le divertió, contándole con su palabra un tanto ceceosa (18) y su gracejo andaluz, no desprovisto —al contrario— de malicia, cosas de la crónica escandalosa de Madrid, que poseía al dedillo.

El 20 de febrero de 1926 me escribía desde Madrid: "La edición de *Santa Rogelia* se ha agotado en dos meses. El día primero de marzo aparecerá la nueva. Supongo que nos veremos de nuevo este verano en Cap-Bretón, y esta vez en compañía de su simpático hermano, ya que suele veranear aquí, y no dudo de que abandone V. su retiro de Pau para pasar con él y su exquisita esposa y niñás, unas semanas.

"No sé si podré hallar en Francia editor para mi *Santa*, ya que la librería extranjera en París se halla tan restringida.

(18) La expresión es de Pérez Galdós en su Prólogo a la *Primera Serie* de *Lo que sé por mí*, pág. 8.

Pasado mañana se exhibe al público en toda España la película de mi novela *José*; dicen que va a ser un gran éxito..."

Pero ¡hay del pobre viejo! En su carta de Madrid, de 28 de octubre de 1926, me decía: "Mi querido amigo y conpañero: El 28 de febrero me rompí una pierna —[el cuello del fémur]— cayendo de un tranvía (19). Naturalmente mientras estuve en la cama y aún después, no me han dado ninguna carta, ni las de V. ni de las de nadie. Así que no me me he enterado de cuanto me dice que me escribió en las fechas que me indica. Lo siento pero ¿qué hacer?

"En mayo he llegado de Cap-Bretón sin haber logrado gran cosa, sigo completamente inválido, caminando difícilmente con muletas. No se puede prever cuándo las soltaré.

"Nuestro común amigo de Milán, Carlos Boselli, me ha enviado su traducción de *Marta y María* y Bottoni la de *La Novela de un Novelista*. Espero de un día a otro la de *Los Majos de Cádiz*, hecha por Angelo Norsa. Mucho le agradezco sus gestiones para la publicación de la traducción de Madame Venturini..." De Madame Venturini hablaré más adelante.

En la sesión del bachillerato en la Sorbona, aquel mes de octubre, había dado a traducir un paso de *La Aldea Perdida*, y las dos voces, *caserío* y *cañada*, habían dado lugar a las más divertidas interpretaciones, las cuales discute don Armando, concluyendo con estas definiciones: "*Caserío* en español es casi sinónimo de *hameau*, aunque un caserío se suele componer de pocas casas, una docena a lo más. En cuanto a *cañada*, es un valle muy estrecho por donde corre algún riachuelo".

El 9 de diciembre del mismo año me escribe: "Mi querido

(19) Ya en julio de 1924 había estado Palacio Valdés gravemente enfermo. Los médicos que le asistían confiaban en que su fuerte naturaleza podría vencer la crisis aguda por que atravesaba. El 19 de julio me escribía su señora que, si bien continuaba su esposo en el mismo estado de gravedad, la fiebre no había alcanzado la cifra de los días anteriores. El lunes 21 de julio, supe por ella, que había pasado la noche su marido algo intranquilo, pero que en la mañana de aquel día, se había vuelto a observar cierta mejoría en su estado.

amigo: Me pide V. noticias de mi salud. Lo único nuevo —aunque ya data de unos meses, como se lo escribí en su tiempo— es que sigo caminando con el auxilio de una muleta. Los viejos ya no podemos ofrecer más que semejantes novedades. Sin embargo, le diré que, en el próximo enero publicaré un volumen titulado: *Testamento Literario*, que será el resumen de mis opiniones estéticas y filosóficas..."

Y el 29 de mayo de 1927, con ocasión de lo que hubiera yo de escribirle acerca del Premio Nobel me contesta: "Querido amigo: Mil gracias por sus cariñosas intervenciones y por la nota de *L'Action Française* del 15 y el 16 de marzo. El Premio Nobel es una lotería en que juegan todas las naciones, y en la cual no interviene solamente el mérito, sino la diplomacia y sobre todo el *ruido*. Basta para mi satisfacción el que en España se piense que lo merezco. Le aseguro que no me interesa aquel premio sino por lo que tiene de remuneración económica. Los premios literarios son de un valor tan hueco como los monumentos públicos o las calles dedicadas; y el Nobel no puede ser una excepción. Quienes lo otorgan, ni siquiera conocen nuestro idioma. Se dejan guiar de rumores poco auténticos, y acaso de circunstancias muy diversas y que, desde luego, para nada tienen que ver con la literatura pura. No discutiré a Echegaray. que lo tuvo en 1904. En cuanto a Benavente, si no apruebo del todo lo que escribió V. en *Mercure de France*, cuando se premió en 1922 (20). casi diría como el poeta de *La Lira de Bronce* y *Alivio de Caminantes*:

(20) Además del artículo a que alude Palacio Valdés, escribí otro en *La Renaissance d'Occident*, VIII (1923), págs. 1.243-1 255. A propósito del teatro he aquí su confesión en enero de 1935: "Aborrezco el teatro; me agobia esa limitación de todo, esa estrechez de perspectiva. Yo pude hacer teatro; tenía grandes amigos actores, pero dejé pasar aquella tentación y hoy estoy muy satisfecho. La novela no necesita de intermediarios que la representen. Y esto del cine, junto al teatro cual hermano menor que ha crecido demasiado a prisa entre deportes y música de gritos el cine que comienza por reducir a cuatro vagones todo el ferrocarril de su nombre auténtico, se proyecta en mi carrera como la edición muda de *La Hermana San Sulpicio*, que aprendió a hablar

Sólo encuentro en lo pasado
para mis gustos ambiente,
porque en su callada fuente
y hasta en sus tumbas piadosas,
olvido las dolorosas
vergüenzas de lo presente."

"No trato de menospreciar nuestros premios Nobel, entre ellos el merecidísimo de Ramón y Cajal en 1906, pero le repito que mi premio, para mí está en el público, en la tirada de mis obras: un premio que no es fácil falsificar..."

El 29 de agosto de 1927 estando en Cap-Bretón vuelve a hablarme del premio Nobel: "En cuanto a él, no me sorprende la decisión del *Comité Nobel.* Este ha dado por razón para no otorgármelo que se ha pedido fuera de tiempo. Afortunadamente para mí no soy hombre sediento de gloria y dinero, como alguno de mis colegas. Sobre mi casa pondría la inscripción de Nicolás Bacon, padre del famoso filósofo: *mediocria prima...*" ¡El bueno de don Armando! Mas ¿qué dice el refranero castellano? Después de harto de carne el lobo se hizo fraile. En vez de lo de Nicolás Bacon, pudiera el viejo novelista inscribir sobre su casa lo de Horacio:

Auream quisquis mediocritatem
Diligit, tutus caret obsleti
Sordibus tecti; caret invidenda
sobrius aula.

La *mediocritas,* el *juste milieu —mediocritatem illam quae est inter nimium et parum* (Cicero, De officiis, I, 25) —τὸ μέτριον, μέσον, ὁ μεσος βίος, ἡ μεσόϊης. ¡De cuántos nombres no la llamaban los griegos! Mas la verdadera dicha, la auténtica sabiduría, ¿acaso no reside en la moderación de los deseos, en no dejarse

hace muy pocos meses..." Para él era un error haber llevado a la pantalla obras dramáticas: "Sólo la novela y, más concretamente la espectacular, decía, puede ser filmada".

desanimar por los reveses, ni deslumbrar por los éxitos? Sí: gozar de los bienes presentes por la misma razón de que son de poca estabilidad; no olvidar jamás que idéntico fin espera a ricos y a pobres; esa epicúrea filosofía de Horacio, esos lugares comunes de la ciencia del vivir, no impiden que

Omnes eodem cogimur, omnium
Versatur urna serius ocius
Sors exitura et nos in aeternum
Exilium impositura cumbae (21).

En esta carta de 29 de agosto me cuenta don Armando su excursión, el día anterior, a San Sebastián, su almuerzo con Lucien Descaves, en el que "se habló mucho de V." Era Lucien Descaves un literato *sui generis*. Nacido en París en 1861, le había conocido, en su domicilio parisién de la Rue de la Santé, 46, cuando mi período de *Sturm und Drang*, en la Ville Lumière. Había debutado en las letras en 1882 con *Le Calvaire d'Heloïse Pajadon*, novela a la que habían seguido: *Une vieille rate*, en 1883; *La Texigne*, en 1875; *La Caserne, misères du sabre*, en 1886, y el escandaloso relato de 1889: *Sous-offs*. No citaré sus demás obras que las hubo también de teatro y muchas. En 1903 había sido elegido secretario de la Academia de los Goncourt y, en 1906 individuo del Consejo Superior de la Asistencia Pública. Era gran periodista, republicano ardiente, miembro de la *Societé des Gens de Letres* y de la de *Autores Dramáticos*.

El 25 de octubre del mismo año, me anuncia que se vió "precisado a marchar de Cap-Bretón el 15 del mes anterior" y que "en el próximo noviembre se pondrá a la venta en París por las *Presses Universitaires* mi novela *Tristán o el Pesimismo*. Haga V. por ese pobre hijo mío lo que pueda..."

El 9 de noviembre me decía: "Aquí se me preparan muchas fiestas para conmemorar mis bodas de oro con las letras".

(21) Son citas de Horacio: La primera de la oda X del libro II, versos 5-8; la segunda de la oda III del mismo libro, versos 25-28.

Omito cartas hasta la de 15 de diciembre de 1931 en que me dice que "Su salud se halla tan quebrantada, que no sé como he podido concluir el libro que tengo el gusto de someter a su competente juicio".

Su último envío será el de *Tiempos Felices,* en marzo de 1933: "Quizá —escribía en las breves palabras liminares con que prologaba el libro— mis lectores se sorprendan de que un hombre a quien le faltan solamente algunos meses para cumplir ochenta años, se entretenga en escribir novelitas y narrar al púbico historietas de amor". Añade que estas páginas llenas de juveniles evocaciones, eran para su senectud un balón de oxígeno que "por algunos instantes tonifica y repara su gastado organismo". Ocho eran las breves novelitas y todas tenían un mismo tema: el arribo a las puertas del vivir conyugal; todo ello descrito con el arte de Palacio Valdés que no tenía nada que ver con las manifestaciones que tanto gustan al paladar moderno.

Aquella señora Venturini, que firmaba sus escritos con el seudónimo Fhiline Burult, cuando, en octubre de 1820, visitó al maestro en Cap-Bretón, escribió en el diario de Toulouse, *L'Express du Midi. Organe de défense sociale et religieuse,* (núm. del viernes, 22 de octubre): "Madame Palacio Valdés est bien la compagne rêvée pour un artiste. Muse discrète et douce, vivant dans l'ombre du grand romancier, qu'elle admire et dont elle porte le nom. D'autres ont pu parler de sa beauté, de son type de spagnole; moi, j'ai été conquise par son charme:"

Ella fué la que, por su tenaz esfuerzo, convirtió finalmente al esposo a las prácticas religiosas, las que, si no había abandonado nunca, no ejercían en los primeros decenios de su carrera literaria, un influjo dominante, ya que, creyendo en Dios y en las doctrinas católicas, cumpliendo los deberes externos de la religión, no dejaba de proclamarse liberal —liberal entusiasta— y demócrata convencido. ¿No tenía acaso su principal núcleo de lectores entre la masa católica, para la que la publicación de *La Fe* en 1892, había sido un escándalo? Recordaré la acción de la novela.

Se desarrolla en Peñascosa, pequeño puerto de la costa cantábrica. Don Alvaro Montesinos era un mayorazgo a quien una educación austera y un temperamento enfermizo habían hecho huraño y sombrío. Muerto su padre, se fué a Madrid, donde, dotado de claro entendimiento, se entrega con ardor a lecturas que, a la vez que acaban de arruinar su salud, hacen de él un sabio incrédulo y pesimista. Mas acaba por enamorarse de una joven elegante, pero sin dinero, Joaquina Domínguez, que por interés le acepta por esposo.

Transcurridos unos meses ella se deja enamorar por un joven aristócrata y propone a su marido viajar por el extranjero, pretexto para abandonarle en Marsella, escapándose con su amante, tras de robar el dinero que llevaba el infeliz engañado; el cual regresa a su palacio de Peñascosa, donde pasa tres años rumiando su desgracia, al cabo de los cuales reaparece la infiel so pretexto de pedir perdón al marido, en realidad —pues estaba encinta— para pasar con él una noche y poder atribuírle la paternidad del fruto de su adulterio.

Y ahora viene lo más interesante de aquel folletinesco relato. En *La Fe* tres caracteres se destacan y están estudiados con esmero: el de la beata Obdulia, *pendat* de la María de la anterior novela *Marta y María* (1883), pero de más destacada personalidad; el de Montesinos, pesimista, descreído, ateo y... enamorado loco de la adúltera; y por fin el del verdadero héroe de la novela, el joven sacerdote Gil espíritu inocente que, en su afán de convertir a don Alvaro dase a lecturas y a análisis para él peligrosísimos, a tal punto que no tarda en vacilar en su fe y caer en atormentadoras dudas.

Estando en Hamburgo dí una conferencia sobre *La Fe* en que señalé las principales fuentes en que, sin confesarlas, se había documentado Palacio Valdés para, si no justificar, por lo menos explicar dicha caída de un Renán en tamaño menor. Y recuerdo, que en aquella conferencia, insistiendo sobre el planteamiento en *La Fe*, de la cuestión religiosa, como conflicto individual y no como problema de la ciudad, hice un paralelo sobre el modo con que le habían tratado los grandes novelistas españoles de aquella lejana época: Pérez

Galdós, Pereda, Valera, La Pardo Bazán, Alarcón, Alas, El Padre Coloma y, más tarde, en el mismo año de mi conferencia, Blasco Ibáñez en *El Intruso,* de 1904.

La pérdida de la fe del Padre Gil es el verdadero tema de la novela, y si su desenlace es la reafirmación de las creencias primeras del sacerdote naufragado, hay que notar que esta conversión se logra, no ya por los caminos de la razón y de la ciencia, sino —y este es el caso de otras muchas conversiones— por los de la vida y del dolor de la vida: "Averiguó, en fin, de una vez para siempre, que el hombre no puede salvarse del dolor y de la muerte por la razón, sino por la fe, esto es, por un conocimiento distinto y superior del que aquella puede darnos" (22).

Llego, con la muerte de don Armando, al final de estos breves y mal pergeñados recuerdos. Fuí yo el único hispanófilo extranjero que la anunció en el mismo momento en que acaeció su fallecimiento (*Bulletin Hispanique*, de Burdeos, tomo XL, 1938, pág. 208 y sigs.) Algunos días antes de que hicieran a Gabriele D'Annunzio regios funerales, se había extinguido en una clínica —la de Santa Alicia, en Madrid— el hijo de Entralgo, la pequeña aldea de las montañas asturianas donde

(22) Como es a menudo el caso con los caracteres de héroes de don Armando —así con el héroe de *Marta y María,* Ricardo—, peca el Padre Gil de un exceso de candidez por no llarmarle tontería, que le impide darse cuenta hasta el último, y ya irremediable momento, de la verdadera naturaleza de la pasión que, bajo apariencias de misticismo, siente por él Obdulia y que acaba por perderle. Por otra parte no deja de ser edificante notar que, tras la *tempête dans un verre d'eau,* levantada en ciertos ambientes por *La Fe,* Palacio Valdés, sin modificar un ápice de su relato, se contentó con decir en el *Prefacio* de las ediciones siguientes: "Si la única autoridad que yo acato en esta materia juzgase que hay en la presente obra algo que necesite corrección, corregido y borrado queda desde ahora mismo, pues yo no pretendo dar a éste, ni a ningún otro de mis escritos, más alcance que el que pueda ajustarse con las doctrinas de la Iglesia Católica, a las cuales me glorío de vivir sometido". Semejante confesión, y casi en los mismos términos, se lee en las ulteriores ediciones de *Marta y María,* en la *Advertencia Preliminar,* pues se había visto en aquella novela, como he dicho más arriba, unos insidiosos ataques contra el misticismo.

se habían deslizado muchos días, sino todos, de su niñez, y que describió con amor en *La Aldea Perdida,* en 1903.

Pero en 1938 no eran los héroes de su niñez los que se batían en aquellos contornos, sino los partidarios de la más atroz guerra civil. La prensa roja ha fantaseado copiosamente sobre aquella muerte y el carácter del difunto. Los diarios italianos, por otra parte, exageraron mucho las circunstancias del fenecer del ilustre escritor. No es verdad que falleciera abandonado. Si entró en el sanatorio, fué porque su mujer se hallaba enferma, hospedada en una clínica antidiabética, y porque las restricciones impuestas por la guerra impedían que a don Armando se le prodigasen las atenciones que requería su grave estado de salud. A lo menos le asistieron en sus últimos momentos sus dos nietas casadas, como asistieron en marzo de 1938, al servicio fúnebre celebrado en San Sebastián en honor de su abuelo. No puedo acabar mejor que con citar unas líneas del artículo de Ramiro de Maeztu en *Ahora,* del viernes 30 de enero de 1930:

D. Armando o la Voluntad. Así titulaba su artículo el que fué embajador de España en Buenos Aires cuando la Dictadura, y murió asesinado en Madrid en noviembre de 1936 (23).

---

(23) Maeztu no ha sido juzgado con justicia ni en España ni fuera de España. Su verdadero valor queda en la penumbra en aquella innenarrable biografía de Azorín (1930), cuyo prólogo de 42 páginas es un dechado de verbosidad. Ramón Gómez de la Serna se atrevió a definirle: "el fantasma incongruente y de vaga divagación; no posee una concreta observación de la inteligencia, ni de la realidad, y durante varios años nos pareció que hacía el mismo artículo en *La Correspondencia de España*". *

Todo el capítulo, págs. 119-133, no es más que un tejido de paradojas y de él se podría decir lo que el mismo Ramón dice de Maeztu: "Desquicia toda cuestión".

Había nacido Maeztu en Vitoria en 1874 de padre cubano. Muy joven vivió en Cuba, después en España y en el extranjero. Dice Ramón que, "en su afán de lujo y poder pactó con la Dictadura", y que de vuelta de su embajada, "gracias a ese pacto", agravará la vida española, hará más cavernosos los problemas". También Ramón se fué a Buenos Aires y, cuando, después de 13 años de ausencia, volvió a España en compañía de Luisa Salovich, no fué para hacer más cavernosos los problemas

"Es muy complicada la sencillez de Palacio Valdés, dudo mucho que tengamos en nuestras letras hombre de más lecturas ni mejor escogidas, como sus citas lo demuestran. Ha sido gran lector toda su vida, porque ha podido disponer de mucho tiempo. No ha escrito apenas en los periódicos. No ha hecho política. No ha tenido que distraer su energía en polémicas, vicios o negocios. Ha llevado únicamente a las cuartillas la crema de sus sentimientos. El trabajo creador ha sido en él tan reposado que nunca le alejó demasiadas horas del santuario donde arden las lámparas del pensamiento universal. No ha surgido en este medio siglo una idea importante en el mundo que don Armando no haya querido conocer y meditar (24). Y aunque una novela no es un libro de texto, puede el lector estar seguro de que no hay juicio de Palacio Valdés que no merezca examen detenido; no hay tampoco en nuestras letras estilo más cuidado que el suyo. De Joseph Conrad se ha dicho, que a fuerza de pulir el lenguaje, se le vuelve fosforescente. Don Armando consigue más: sus libros no parecen escritos con palabras, su lenguaje es espíritu puro.

"Leer la *Sinfonía Pastoral* es vivir en Asturias. La sentimentalidad de Palacio Valdés es proverbial. Sus libros nos están llevando todo le tiempo del llanto a la risa y de la risa al llanto. Todas las cosas que describe parecen estar cargadas de emociones, pero no son las cosas, naturalmente, sino el alma de don Armando lo que, al cabo de cincuenta años de labor, puede hablarnos aún como la fuente de los enamorados. Aunque más que una fuente, se diría su espíritu un manantial amplio y profundo de aguas claras y rebasantes por las cuatro orillas.

"La trasparencia de las aguas es lo que le permite refle-

---

de su país, sino para proclamar su reconciliación con Dios en una autobiografía truculenta.

* La obra de "Ramón" no desmiente el veredicto de nuestro Boileau: "qui ne sait se borner, ne sut jamais écrire".

(24) [De sus lecturas de joven viene lo que dijo en los capítulos XVIII y XXXI de *La Novela de un Novelista.*]

jar el paisaje como el mejor espejo y su desborde es lo que juega con nuestra risa y nuestras lágrimas. Ese manantial no se mantiene claro y lleno sino a fuerza de voluntad y de cuidado. Los que llaman optimista a Palacio Valdés no se dan cuenta de todo lo que hay en su vida de vigilancia, de cautela, de centinela alerta. Algo se trasluce en su *Testamento Literario*. Me imagino a don Armando haciendo guardia en torno del manantial de su alma, para que no lo enturbien nunca ni las pasiones políticas, ni las envidias literarias, ni las discusiones infecundas, ni siquiera la visión de aquellos pecados demoníacos que para otros escritores, tipo Dostoiewski, son la sustancia misma de su arte. Y también para que ningún exceso, ni siquiera el de escribir, agote o mengüe el caudal de los sentimientos de su alma. Esto es lo que le permite producir una obra maestra cada dos años. Se cuida de que esté lleno el manantial, no escribe sino con sus desbordes, y así puede derramar su abundancia sobre los hombres y las cosas.

"Que la fuerte voluntad es característica de don Armando, lo demuestra la índole de su religiosidad. La fe es un don de Dios, pero el hombre tiene que aproximarse a ella. Mi maestro Von Hügel decía que los *aproches* a la religión son tres: el de muerte y resurreción, que es el popular y el del señor Unamuno, porque los hombres no quieren morirse; el de pecado y redención, que es el moral, y el de San Pablo, San Agustín y Pascal; y el de natura y sobrenatura, que es el intelectual y el de San Juan, Santo Tomás y el propio Von Hügel, que se pasó la vida buscando la razón plausible que explicase cada una de las proposiciones heréticas que ha habido en el mundo, y otra razón, todavía más plausible, para mantenerse en la fe católica contra aquella herejía y con plena satisfacción intelectual.

"Von Hügel no había contado con Palacio Valdés, el hombre que siente, desde la primera juventud, que no se puede vivir sin la fe, que la busca en la filosofía sin encontrarla, y que, un día, se dice que la vida se ha hecho para obrar, y que no se cree en Cristo sino cuando se obra según Cristo, y halla el pago de esta resolución de vida y muerte, en la intuición

suprema: que cada relámpago de belleza que cruza los cielos es el signo de una Belleza Infinita:

"L'amor che move il sole e l'altre stelle.
L'amor che move le stelle y *l'odio che le fa impallidire*
e le inmmobilizza..."

Ramiro de Maeztu, académico, director de *Acción Española* (25) heraldo de la nueva España, cristiana, nacionalista, corporativa, debía probarlo *in anima vili.* Preso, en julio de 1936, fué fusilado en el siguiente noviembre, con Ramiro Ledesma Ramos (fundador con Giménez Caballero de los diarios: *El Fascio* y *La Conquista del Estado,* suprimidos por el Gobierno de Azaña). Me escribieron que al morir Maeztu dijo a sus asesinos: "Os perdono. No sabéis por qué me matáis, mas yo sé por qué muero".

El juicio de Maeztu sobre Palacio Valdés es por una parte incompleto, y por otra sumamente exagerado. Mas se me ocurre una advertencia preliminar, y es que la crítica de un autor de novelas y de su obra, necesita, a mi parecer, una triple experiencia que sólo se alcanza con los años: experiencia de los hombres, experiencia interna —del corazón y del alma— y experiencia de los libros.

El conocimiento de los hombres es de primera necesidad. De él carecen un sin número de críticos, aunque lo aparenten. De tantos a quienes en mi larga carrera de escritor me fué dado conocer, ¡cuán pocos tenían sentidos para ver las maravillas de la vida humana y el misterio, sin cesar renovado, de cuanto nos rodea; sin hablar de las hondas y silenciosas tra-

(25) En *Acción Española,* fundada por el Marqués de Quintanar, colaboraban, entre otros, muertos por Dios y por España: Calvo Sotelo y Víctor Pradera. *La Conquista del Estado,* fué fundada en enero de 1931. *El Fascio* era semanal y nació poco antes de la fundación de *La Falange.* Tuvo breve vida y fué sustituído por otro semanario, el de *Falange,* por su título (y contenido). Fué el 5 de octubre de 1934 cuando se celebró la primera asamblea nacional de aquella organización de defensa, y de ella salieron los 27 puntos de su programa.

gedias de nuestros corazones! Y esa gente, ¿cómo iba a juzgar novelas donde lo principal, quizá lo único que importa, es la sucesión de vida que nos dan, la cantidad de vida que encierran, si no la habían vivido, también, es decir, no sólo dejando pasar los años con sus pequeñas aventuras, sino sufriendo, meditando, comprendiendo, y... soñando?

Hay otra cosa, y la hizo notar Menéndez Pelayo en sus Estudios de Crítica: "Es gran error, dijo, creer que los contemporáneos puedan ser los mejores jueces de un escritor. Por lo mismo que sienten más la impresión inmediata, son los menos abonados para formular el juicio definitivo. Conocen demasiado al autor para entender bien su obra, que unas veces vale menos y otras veces vale más que la persona que la ha escrito."

Aplicando estos criterios a Palacio Valdés, ¿qué se me ocurre observar?

Primero, que habiéndole tratado durante tan largo período de su vida; habiendo leído la casi totalidad de sus obras y la mayor parte de los trabajos a que dieron lugar, no será temerario alegar cierta competencia para formular, sobre él y sus libros, un corto juicio final.

Mas para que este juicio sea aceptable, hay que situar a Palacio Valdés en el ambiente literario de su época.

Durante aquellos años brillaron en la crítica y en su natural complemento, la polémica, los más altos ingenios literarios de España: Doña Emilia, Valbuena, Valera, Campoamor, Clarín, Castelar, Cánovas, Revilla, Picón, Ortega Munilla, Eusebio Blasco, Costa, Fray Candil, Andrés Mellado, Manuel del Palacio, Sellés, Menéndez Pelayo, Zeda, Andrenio. Desde el escándalo de *Pequeñeces* —libro que para juzgarlo fuera preciso haber vivido en el mundo que describe, y este fué el caso de su autor el Padre Coloma, y libro que influyó sobre Pereda, en *La Montálvez*, y sobre Palacio Valdés en *La Espuma*—, hubo un Pereda, un Galdós, un Valera, un Valle-Inclán, un Pío Baroja, y no sé si puedo añadir que hubo un Ricardo León... Y hubo don Armando...

He dicho que hubo Galdós y no puedo olvidar la impre-

sión que me causaron sus novelas: Madrid, con su pequeña burguesía vergonzante, sus comercios de Postas, de Santa Cruz, los interiores de sus casas de huéspedes, las tertulias de sus cafés, los ministerios, las oficinas (Villamil infeliz, bueno, desgraciado; el amigo Manso; Manolo Infante; las de Bringas; el grande, magnánimo Orozco; los estrafalarios Babeles y Pepe Rey, víctima de atroz fanatismo, y los héroes de *Misericordia,* la novela de los bajos fondos madrileños)... Toledo, en el II volumen de Angel Guerra; sus enrevesadas, finas callejuelas, sus conventos de monjas con sus huertos de cipreses y rosales; sus sosegadas iglesias; el Greco; sus posadas (Santa Cruz, La Sangre, La Sillería), con los cosarios y trajinantes que vienen y van a Illán, a Illescas, Cebolla, Torrijos, Escalona; el Tajo hondo, torvo; los cigarrales y los relatos de las excursiones de Galdós por una España aún típica, en la que platica con labriegos y artesanos; Madrigal de las Altas Torres, patria de la Reina Católica; Viena de Navarra, "los más vetustos y sepulcrales, dice, que he visto en mis correrías".

Palacio Valdés escapa a toda clasificación convencional. Su novela ni es el "espejo a lo largo de un camino" ni siquiera una obra de arte puro: Comparad *La Hermana San Sulpicio* con *Pepita Jiménez, Doña Luz* y *Juanita la Larga.* ..

Es la cándida visión de un optimista con, a menudo, visión de folletín. No se impone por su estilo, que es el de la conversación familiar, ni por su estructuración, llena como está de digresiones, de *hors-d'oeuvre,* que no hacen al caso, ni por la originalidad de las ideas, ni por la fuerza de las pasiones. Pero no se ha de olvidar que la época de su mayor productividad fué de 1881 a 1900; período de amenidad social, de entretenimientos populares a chorros, de diversiones de sociedad no siempre ingenuas. (¡Oh las *Ingenuas,* de Felipe Trigo!). Su clientela no pedía más; ni la española, ni la de los Estados Unidos. Para él pasarán en vano los Barrés, los D'Annunzios, los Maeterlinck, para no citar más que a extrajeros. Ha reflejado su espíritu en sus novelas, sin concesiones a escabrosidades y temas disolventes; y con razón ha dicho, al final de su *Confidencia Preliminar* (*Páginas Escogidas,* reedición de 1917,

página 18): "Hay sin embargo, algo de lo cual nadie de este mundo. me puede despojar, y es la dulce satisfacción de saber que algunas de mis páginas han hecho asomar la risa a los labios, y otras, lágrimas de ternura a los ojos; es la certidumbre consoladora de que nada ha salido de la lectura de mis novelas menos puro y menos noble de lo que era".

CORTOS APUNTES BIBLIOGRAFICOS

No voy a enumerar aquí más que unas pocas notas; sería prolijo copiarlas todas. No haré mención de mis propios artículos, en particular en la *Revue des Langues Romanes,* ni tampoco de lo que se lee en las corrientes Historias de la Literatura Española; ni del artículo de la Enciclopedia Espasa (tomo XLI, 1920, págs. 30-38), que no va más allá de 1910 y está copiado de Cejador, *Historia de la Lengua y Literatura Castellana,* tomo IX, 1910, págs. 56-59 y 60-62. El juicio de Cejador comprende (págs. 58) apreciaciones de valía: "Profesó el realismo castellano, dice, tan diferente del francés e inglés y lo razonó harto más macizamente que la Pardo Bazán en *La Cuestión Palpitante;* como que esta escritora era todo lo más opuesto, por su comezón de la moda y del bombo periodístico, de lo que ha sido siempre Palacio Valdés.

"Son algo fantasistas, Alarcón y Campoamor, que entonces decían que se manchaba el arte con el realismo, y creían incompatibles los términos de *realismo* y de belleza. Palacio Valdés repuso que no solamente es hermosa la naturaleza, sino que fuera de ella no hay hermosura, y quiere que el artista no busque más que la verdad; no la novedad, ni la moda, ni la manera, ni el efecto, ni la vanidad literaria, que es lo que realmente buscaban la Pardo Bazán en España, y Zola en Francia."

Pocos entre los que han escrito sobre Palacio Valdés se han tomado el trabajo de acudir a sus artículos en la *Revista Europea,* en particular a sus estudios de Valera, Fernán Ca-

ballero, Pérez Escrich, Fernández y González (don Manuel), Ortega Munilla y el cubano Frías.

Allí admira la literatura inglesa de la que adoptó, a su modo, las enseñanzas; ataca a don Manuel de la Revilla por su culto al hegelianismo y censura en Menéndez Pelayo (en sus *Heterodoxos*) el abuso de una erudición poco en armonía con su edad juvenil.

Toda aquella otra crítica: *La Literatura en 1881*, en colaboración con Leopoldo Alas (26), *Los Oradores del Ateneo*, el *Nuevo Viaje al Parnaso* y *Los novelistas españoles* (27), merece cuidadosa atención, y de ella nada dijo el autor de *Palacio Valdés crítico*, en *Nuevo Mundo* de 24 de diciembre de 1920, con ocasión de la recepción de Palacio Valdés en la Academia Española.

Es curioso apuntar la obstinación de Fitzmaurice-Kelly en sostener que Palacio Valdés no es más que el introductor en España del naturalismo francés. En 1922, cuando hacía casi 25 años que en su *History of Spanish Literature*, había formulado esta tesis, volvió a confirmarla en el primer volumen de su obra editada en Oxford por la Clarendon Press, pág. 111, donde se puede leer que *La Espuma* y *La Fe* "podrían ser traducciones del francés" (*they might be translations from the French*); y en la pág. 119, llega a afirmar que, de ambos escritores —la señora Pardo Bazán y don Armando— fué la primera, "quizás la más audaz" conversa al naturalismo, que les dió el nuevo punto de partida de que necesitaban.

Hasta en sus artículos para Enciclopedias, no ceja el que fué *Gilmous professor of Spanish* en la Universidad de Liverpool, antes de ser *Cervantes professor* del mismo ramo en la de Londres, en su convicción; y así también en su artículo:

---

(26) Véase: *Palacio Valdés visto por Clarín*, de Luis Santullano, en *La Vanguardia* de Barcelona del martes 15 de marzo de 1938.

(27) *Los Oradores del Ateneo*, 1878; *Los novelistas Españoles*, en el mismo año, y el *Nuevo Viaje al Parnaso* han sido reimpresos en las *Semblanzas Literarias* de 1908.

Valdés en el tomo XXIII de *Nelson's Enciclopoedia,* donde le define: "*the leader of the naturalist school of fiction*" (el jefe de la escuela naturalista novelística), y añade que *La Fe, La Espuma* y *La Alegría del Capitán Ribot,* "*Though strang and striking, exhibit too openly the influence of Zola to be regarded as typical Spanish creations,* (si bien fuertes y notables, manifiestan, con demasiada evidencia, el influjo de Zola para ser consideradas como típicas creaciones españolas).

Esto y lo del "miserable abandono" en que falleció el viejo maestro, representan —el uno al principio, y otro al final de su carrera— dos persistentes errores que sería difícil desairragar de la mente de muchos ya que el mismo Boselli, su traductor y celoso cronista de las letras españolas, principalmente en *I Libri del Giorno,* se dejó llevar por la corriente y escribió en el núm. de 1 de marzo de 1938 de la revista: *Le lingue estere,* año V, núm. 3, pág. 82, que "Nella stamppa italiana del 5 febbraio è apparsa la triste notizia" de la muerte de Palacio Valdés: "Spentosi in un ospedale de Madrid, dove si trovava dallo scopio dell'ostilità, e dove era stato lasciato senza assistenza e senza cure". Mejor es esto todavía que el silencio total: así, cuando *Les nouvelles litteraires* del sábado 7 de enero de 1939, dedicando su número 847 a *L'Espagne eternelle,* confiaron a Jean Camp el capítulo *Litterature contemporaine,* se pasó por alto aquel señor hasta el nombre de Palacio Valdés, excusando la redacción esta omisión con decir: "Dans une étude aussi brève, notre collaborateur ne pouvait naturellement nommer tous les écrivains d'aujourd'ui".

Muy bien, pero M. Jean Camp no deja de escribir: "Le roman a prodigué ses fruits avec une telle générosité, que ses auteurs semblent actuellement marquer de la lassitude. Son évocation, depuis 1870, est assez belle pour qu'on insiste sur sa richesse et sa valeur. Le dernier tiers du siècle dernier, avait vu l'oeuvre remarquable de Benito Pérez Galdós, le Balzac espagnol, dont nul ne s'est encore avissé d'étudier l'immense effort; de José María de Pereda, qui donne un sens

nouveau a la passion regionaliste (28), de Clarín et de la comtese de Pardo Bazals (sic), aussi hardis critiques que feconds romanciers".

Ni una palabra de Palacio Valdés...

En el libro de don César Barja, *Libros y Autores Modernos*, edición revisada y completada (Los Angeles, California, 1933) hay en la pág. 441, una bibliografía de Palacio Valdés. No es completa, ¿cómo lo podría ser? Decía el maestro, en enero de 1935, a un anónimo redactor de *El Debate*: *Palacio Valdés empezó a escribir sin vocación* (núm. de 24 de enero, pág. 5): "Mis obras están en todas las librerías, incluso en volúmenes de cuarenta céntimos; pero escribir para todos no es posible. El público no es unánime y, a veces, las obras que a mí menos me agradan, a las que yo renunciaría de buen grado, son mis obras fundamentales para muchos. Todavía recibo cartas dirigidas "Al insigne autor del *El Maestrante* (29), o del *Idilio de un enfermo*. ¡Figúrese V.!"

Más arriba he mencionado a Madame Venturini. No hubo ni en Francia ni fuera, una mujer que conociera mejor la obra de Palacio Valdés. Cambié con ella larga correspondencia durante varios años y me tuvo siempre al corriente sobre sus publicaciones acerca de don Armando. Para terminar citaré los artículos de Madame Venturini sobre Palacio Valdés en *L'Expres d'Midi*, que no están mencionados en ninguna bibliografía y merecían serlo; y aun es posible que haya algún otro

(28) Sobre él hizo M. Jean Camp su tesis doctoral: José María de Pereda, *Sa vie, son oeuvre et son temps*.

(29) En la *Noticia* puesta a la cabeza de la edición de *La Hermana San Sulpicio* por la casa Nelson (París s a. 1911) se lee que en "el año 1894 al publicarse en Londres la traducción inglesa de *El Maestrante* (The Grandee), el *Daily Chronicle* decía en un artículo titulado: *A great novelist*: "Considerando la popularidad que la novela rusa ha adquirido entre nosotros en los últimos años, es sorprendente que los grandes novelistas españoles no hayan sido igualmente aclamados. Por lo menos uno, llamado Valdés, es digno de un lugar entre Tourgueniev Dostoiewsky y Tolstoi... Que los noveles escritores estudien a Armando Palacio Valdés: este escritor se halla en la primera media docena de los grandes novelistas".

que se ha podido escapar a mi diligencia: *Armando Palacio Valdés,* viernes, 20 de octubre de 1920; *La Novela de un novelista,* lunes, 3 de abril de 1922; y *Nos amis d'Espagne* (sobre *La Hija de Natalia*), martes, 22 de abril de 1924; *Plaidoyer en faveur de Palacio Valdés,* jueves, 16 de abril de 1925; *Souvenir d'enfance* (con Paul Mathiex), lunes, 6 de febrero de 1928.

Armando Palacio Valdés est mort, en *La Garonne,* Toulouse, 21 de marzo de 1938.

CAMILLE PITOLLET.